

CRÓNICA Y CUESTIONES DE VEINTICINCO AÑOS DE DEBATE

por Xavier Gil Pujol

Pocos temas hay en el panorama historiográfico de tan permanente actualidad y que generen tan continua discusión y bibliografía como la Revolución Inglesa. Hace ya prácticamente veinticinco años que el debate viene girando en torno a lo que dió en llamarse *reversionismo*. Esta expresión, como sucede también en otros casos de controversia, no satisface por completo a todos aquéllos que están o se ven situados bajo la misma, ni tampoco hay que tomarla como si los *reversionistas* constituyeran un grupo compacto. Y aunque el ejercicio de la disciplina histórica tiene siempre algo de revisión y reexamen del pasado, a la luz de nuevos hallazgos archivísticos y de nuevos postulados analíticos, es bien cierto que el *reversionismo*, las réplicas que ha despertado y su evolución reciente constituyen uno de los capítulos más destacados de la evolución historiográfica general en el último cuarto del siglo actual.

Al calor de este debate las diversas tendencias de análisis histórico han venido afinando sus argumentos y se han aireado y discutido los supuestos que subyacen en sus análisis. De hecho, se han puesto a prueba las propias capacidades de la disciplina histórica, de manera que el tema resulta de sumo interés incluso para los no interesados directamente en Inglaterra o en la Edad Moderna. Más aún, el lugar prominente que ocupa la Revolución Inglesa en la configuración de una difundidísima visión del proceso histórico de Occidente ha provocado que los debates hayan rebasado los círculos académicos y hayan alcanzado a sectores de la opinión pública británica. Y es que según lo que se diga que fue la Revolución Inglesa, o incluso si llegó a existir una tal revolución, se proyectan unas u otras visiones sobre el sentido de la evolución general a lo largo de los últimos siglos.

Gran parte del debate tiene su origen en el seno de la larga tradición historiográfica de estudios sobre la Inglaterra del siglo XVII. Pero al mismo tiempo, está también directamente influenciado por factores más amplios, muy característicos del estado de la disciplina en los últimos lustros: el reconocimiento de las carencias de los grandes métodos y escuelas hasta hace poco dominantes en ciencias sociales, la fragilidad de las clasificaciones sociales más habituales, un estudio más detenido de las relaciones entre individuo y grupo, y entre política, sociedad y cultura, una búsqueda de modos más afinados para descubrir y describir la realidad social pretérita, un mayor escrúpulo ante las simplificaciones y anacronismos derivados de las fáciles visiones teleológicas del proceso histórico, en suma, un esfuerzo más exigente para captar un pasado que ahora es reconocido como más complejo y más extraño de lo que se suponía.¹

No se trata, pues, de uno más entre los cambios de apreciación sobre un determinado período histórico, sino, en efecto, de un auténtico revisionismo, pues pone en tela de juicio buena parte de los supuestos analíticos considerados fiables hasta hace poco. Cuatro son los temas que actualmente se encuentran sometidos a este tipo de revisión, según contabiliza Perry Anderson: las causas de la Primera Guerra Mundial, los orígenes de la Guerra Fría y, sobre todo, la Revolución Francesa y la Guerra Civil y Revolución Inglesas. De ellos, los debates sobre ambas Revoluciones presentan algunos parecidos, en cuanto a aspectos discutidos y fases de desarrollo, y también, naturalmente, contenidos propios.²

1. Entre los muchos testimonios sobre estas inquietudes actuales, basta señalar los de Giovanni Levi, Julián Casanova, Santos Juliá y Lawrence Stone, recogidos en Carlos Barros, ed., *Historia a debate*, Santiago de Compostela, 1995, vol. I, pp. 41-42, 143-145, 176-189. En cuanto a la práctica de la historia política en este clima, y con alusiones a la Revolución Inglesa, puede verse asimismo Xavier Gil, «La historia política de la Edad Moderna, hoy: progresos y minimalismo», *ibidem*, vol. III, pp. 195-208.

2. Perry Anderson, intervención en la mesa redonda sobre «Revisionismo historiográfico», en Barros, ed., *Historia a debate*, I, pp. 56-57. Un buen panorama del desarrollo más o menos simultáneo de los revisionismos sobre ambas Revoluciones lo ofrece Francesco Benigno, «Specchi della rivoluzione: revisionismi storiografici a confronto», *Storica*, 2 (1995), pp. 7-54.

I

El alcance e implicaciones del revisionismo sobre la Revolución Inglesa se aprecian, por ejemplo, en el contraste entre los planteamientos de Lawrence Stone y Conrad Russell acerca de la causación histórica y de su estudio. En la conclusión de *The causes of the English Revolution, 1529/1642* (1972), Stone afirmaba: «Extraer el sentido de estos hechos, explicar de una manera coherente por qué las cosas sucedieron del modo en que lo hicieron, ha requerido la construcción de múltiples cadenas de hélice de causación, más complicadas que las del ADN». Tales cadenas constituían una plausible secuencia de precondiciones (1529-1629), precipitantes (1629-639) y desencadenantes (1640-1642). Y si bien Stone observaba que los procesos sociales son más sutiles que los de la naturaleza y que no era posible identificar una de las causas como la decisiva, señalaba también que las causas particulares se insertaban en una cadena causal anterior larga y complicada, y concluía: «La explicación de la Revolución Inglesa que aquí se ofrece es ordenada, quizá demasiado ordenada, pero no es ni simple ni nítida».³

En cambio, Russell abre su *The causes of the English Civil War* (1990), título que parece mimético y a la vez contrapuesto al de Stone, con una aseveración no menos clara: «La búsqueda de las causas de la Guerra Civil no ha tenido, globalmente, un efecto beneficioso en la historiografía del siglo XVII». Semejante afirmación era impensable años atrás, cuando se consideraba que justamente en el estudio de aquellos hechos era donde la ciencia histórica mejor lucía sus capacidades cognitivas y plasmaba sus progresos. Russell explica su postura advirtiendo de que no es fácil establecer una secuencia ordenada de causas a largo término, ya que no se puede suponer que todos los principales fenómenos históricos acaecidos durante las primeras décadas del siglo XVII fueran causas de la Guerra Civil, cuyo estallido lo considera un hecho «difuso». Es decir, pone en guardia ante un fácil automatismo causal. Y al mismo tiempo advierte sobre el peligro de un cierto apriorismo, consistente en encontrar causas de la Guerra Civil que resulten pertinentes con la idea sobre ésta y sus efectos de la que se haya partido.⁴

3. Lawrence Stone, *The causes of the English Revolution, 1529-1642*, Harper, Nueva York-Londres, 1972, pp. 57, 146. La traducción de todas las citas es mía.

4. Conrad Russell, *The causes of the English Civil War*, Clarendon, Oxford, 1990, pp. 1-2, 10.

Así pues, se hallan en juego nada menos que los modos de entender y aplicar el análisis histórico. En particular, los revisionistas han cuestionado a fondo la idea, aparentemente obvia, de que los grandes acontecimientos históricos requieren grandes causas y, muy en particular, la idea de que son causas a largo término. Como es de sobras conocido, tanto la tradición *whig* como la marxista, con su énfasis en los dos largos y complementarios procesos de la conquista de las libertades políticas parlamentarias y del ascenso de la burguesía mediante una lucha de clases, han sido desestimadas en buena parte por su reduccionismo y por sus fuertes dosis de teleologismo. Al mismo tiempo, se ha cobrado conciencia de que la historia social, sea o no marxista, no basta para dar cuenta completa de los fenómenos políticos. Es decir, en lugar de entender el estallido de la Guerra Civil y la Revolución (u otro acontecimiento histórico dado) como resultado político del movimiento de unas fuerzas socioeconómicas estructurales, los hechos de aquellos años han sido reconsiderados en su dimensión propiamente política. Además, han sido reconsiderados también en su especificidad temporal, la de la primera mitad del siglo XVII, huyendo del arraigado anacronismo de situarlos retrospectivamente como etapa inicial de un cauce que conduce inexorablemente de 1628 a 1640, 1649, 1688 y 1789.⁵

Aquellos supuestos analíticos descansaban en gran parte en *A history of England, 1603-1642*, de S.R. Gardiner (1893), monumento de la historiografía liberal que ha gozado de un reconocimiento muy dilatado. Fue en la década de 1960 cuando se les dirigieron las primeras críticas claras. En 1965, coleando aún el debate sobre la *gentry* y en plena eclosión de la historia social, Geoffrey Elton, siempre celoso de la naturaleza peculiar de los hechos políticos, cuestionó que hubiera una avenida principal de crecientes conflictos constitucionales (*a high road*, expresión que pronto cobró celebridad) que condujera, desde atrás y con fluidez, a la Guerra Civil. Justo aquel mismo año, Peter Laslett, estudioso de las estructuras demográficas, sociales y familiares, rebajó hasta disolver el hecho de que a mediados del siglo XVII hubiera sucedido nada de

5. Si François Guizot fue quien, en 1826, acuñó la expresión «Revolución Inglesa», entendida como peldaño anterior a la Francesa, Christopher Hill ha reconocido que buscaba «un 1789 inglés»: citado por Michael Roberts, «A nation of prophets: England and Christopher Hill», *History Workshop*, 27 (primavera 1989), p. 173, n. 52.

auténtica importancia.⁶ Pero el revisionismo propiamente dicho —que tiene sus raíces en Elton, y en modo alguno en Laslett— empezó realmente a inicios y mediados de la década de 1970, mediante la aparición de una serie de títulos altamente significativos. Se ha afirmado incluso que su desencadenante fue la publicación del libro de Stone mencionado.⁷

Las primeras tomas de postura, muy claras, fueron en sendas iniciativas de Conrad Russell y del propio G.R. Elton. El primero compiló el libro *Origins of the English Civil War* (Macmillan, Londres, 1973, varias reediciones), que contaba con una introducción suya poco menos que programática; y publicó después «Parliamentary history in perspective, 1604-1629», *History*, 61 (1976), una convincente crítica contra el teleologismo parlamentario, artículo que ha sido considerado como el toque de corneta del revisionismo.⁸ Elton, por su parte, redondeó la postura manifestada en su anterior artículo mediante otros dos influyentes ensayos, relativos sobre todo al siglo XVI: «Tudor government: points of contact: Parliament» (1974) y «Parliament in the sixteenth century: functions and fortunes» (1979), recopilados en sus *Studies*. Además, en 1973 había reseñado el libro de Stone, al que, aparte de considerarlo como la vieja visión *whig* revestida con ropajes de modelos sociológicos a la moda, criticó por su acusado teleologismo y por aplicar a los hechos un esquema falso de polaridades, razones por las que lo desestimó y que,

6. G.R. Elton, «A high road to civil war?», recopilado en sus *Studies in Tudor and Stuart politics and government*, 3 vols., Cambridge University Press, Cambridge, II, 1974; Peter Laslett, *The world we have lost*, Cambridge University Press, Cambridge, 1965 (traducción castellana de la nueva edición aumentada, Madrid, 1987).

7. Así lo hacen Glenn Burgess, «On revisionism: an analysis of Early Stuart historiography in the 1970s and 1980s», *Historical Journal*, 33 (1990), p. 612; y John Morrill, *The nature of the English Revolution*, Longman, Londres, 1993, p. 4, nota 6; p. 276. De todos modos, el desencadenante no debió ser tan individualizado, pues, según observa Peter Lake, obras anteriores de G.E. Aylmer, David Underdown y Patrick Collinson anunciaban ya un cierto alejamiento de los postulados más o menos *whig* de que partían: «Retrospective: Wentworth's political world in revisionist and post-revisionist perspective», en J.F. Merritt, *The political world of Thomas Wentworth, Earl of Strafford, 1621-1641*, Cambridge University Press, Cambridge, 1996, pp. 258-259.

8. Morrill, *Nature*, p. 252. El propio Russell opina que ese artículo se le representa ahora como un punto de inflexión en sus planteamientos: *Unrevolutionary England, 1603-42*, Hambledon, Londres-Ronceverte, 1990, introducción, p. xi.

a su vez, constituyen un compendio de los postulados revisionistas que en años sucesivos se irían desplegando.⁹

Siguieron las reveladoras obras de Anthony Fletcher, *A county community in peace and war: Sussex, 1600-1660* (Londres, 1975), y John Morrill, *The revolt of the provinces: Conservatives and radicals in the English Civil War, 1630-1650* (Allen and Unwin, Londres, 1976; 2ª ed. revisada, Longman, Londres, 1980), sobre las reacciones en los condados, tibias o decididamente contrarias, ante la política (o la guerra) que llegaba desde Londres, tanto de Carlos I como del Parlamento; dos números monográficos del *Journal of Modern History* en 1977 y 1978, que dieron también acogida a las primeras voces críticas, en especial la de J.H. Hexter; el volumen compilado por Kevin Sharpe, *Faction and Parliament. Essays in early Stuart history* (Oxford University Press, Oxford, 1979), que incorporaba la corte y las facciones a un panorama hasta entonces casi reducido a los dos polos, opuestos, de gobierno y Parlamento; el libro capital de Conrad Russell, *Parliaments and English politics, 1621-1629* (Clarendon, Oxford, 1979), análisis riguroso y sobrio del conjunto de la vida política inglesa en esas fechas, a la luz de sus propios planteamientos al respecto, el cual, en premonitoria opinión de un reseñador más bien crítico, levantaba una controversia cuyo ruido tardaría en apagarse;¹⁰ y el grueso libro de Anthony Fletcher *The outbreak of the English Civil War* (E. Arnold, Londres, 1981; 2ª ed., 1985), detallada reconstrucción de los hechos entre 1640 y 1642, que, además de certificar que, en efecto, no había una *high road* a la guerra, argüía que ésta no fue querida ni buscada.

9. G.R. Elton, reseña de Stone, *Causes*, en *Historical Journal*, 16 (1973), pp. 205-208. Entre otros comentarios, Elton señaló que había que «entender situaciones, y no rastrear 'tendencias'», pues, de otro modo, «los debates e insatisfacciones que constituyen la experiencia de cualquier sociedad viva adquieren el aspecto de causas necesarias [de la revolución]». Y concluyó: «Si tenemos que avanzar [en el conocimiento del tema], en el momento presente no necesitamos ensayos sobre las causas de la guerra civil, sino estudios del comportamiento político de todo tipo de hombres en todo tipo de instituciones, que no estén influidos por el conocimiento que el historiador tiene de los acontecimientos posteriores. De esta manera, quizá podamos llegar al final a una explicación del hundimiento de mediados del siglo XVII, pero no estará tan bien confeccionada, no será tan fácilmente reducible a una lista de precondiciones, precipitantes y desencadenantes, no será tan del agrado de los teóricos de la revolución. Pero, en cambio, quizá sea real».

10. Derek Hirst, «Parliament, law and war in the 1620's», *Historical Journal*, 23 (1980), p. 455.

Una nueva perspectiva analítica se abría paso y paulatinamente fue extendiendo su ojo escrutador sobre un campo cada vez más amplio. Conrad Russell definiría años después uno de los principales rasgos de esta inicial perspectiva revisionista: «un rechazo de un marco dialéctico para la Historia y una falta de inclinación a entender el cambio siempre como producto del choque entre opuestos», actitud, añadía, dirigida contra los supuestos compartidos por *whigs* y marxistas.¹¹

En lugar de ver los sucesos políticos como manifestación de profundos cambios y presiones sociales (iniciados hasta cien años antes, como el ascenso de *gentry*, su declive o la crisis de la aristocracia, según tesis respectivas de R.H. Tawney, H. Trevor-Roper y L. Stone) o bien como el continuado crecimiento de una oposición parlamentaria al gobierno monárquico (que se remontaba como mínimo al reinado de Isabel I, durante el cual los Comunes se habrían alzado con la iniciativa en la conducción de los asuntos políticos, según tesis de W. Nontestein y J.E. Neale), ahora surgía una nueva visión: política, individualizada, atenta al plazo corto y rigurosa con la cronología, celosa con la contextualización de hechos e intenciones, y respetuosa con el margen de acción y con el abanico de opciones de que disponían los protagonistas. Por ello, se atribuía mayor peso a la personalidad de los principales actores y a factores de alcance temporal reducido, como la toma de decisiones, las cambiantes relaciones políticas o las facciones cortesanas y sus ramificaciones de patronazgo. Dos eran las líneas principales de discusión durante la década de 1970: el grado de vitalidad de la vida parlamentaria bajo Jacobo VI y I y Carlos I, y el mayor o menor impacto sobre los condados y localidades de la política que se tejía en la capital.

El Parlamento

El Parlamento o, mejor dicho, los Parlamentos (pues Russell subrayó que no se trataba de una institución permanente, sino ocasional) no eran considerados como el lugar por antonomasia de la confrontación y oposición política. Antes bien era el foro donde intentar lograr la deseada colaboración entre rey y reino, necesaria para cumplir sus tareas legislativas, el «punto de contacto» de Elton. Y es que, estando el mundo mental

11. Russell, *Unrevolutionary England*, p. ix. En otro libro, él mismo descarta como factores explicativos el choque entre clases o grupos sociales, entre *court* y *country* o entre gobierno y oposición: *Causes*, pp. 2-5.

del Renacimiento dominado por los ideales de equilibrio y armonía, la influencia de los mismos también se hacía sentir en la vida política. Además, los miembros del Parlamento no formaban un grupo completamente desligado de los ministros y cortesanos, sino que no faltaron lazos personales entre unos y otros y, por lo tanto, tampoco faltaron conexiones políticas. La Cámara de los Lores, antes orillada como reducto de nobles ociosos, complacientes con la corona y ajenos a las novedades del momento, recibía una renovada atención, en razón de su intervención en esas tareas legislativas y de los hábitos jerárquicos y deferentes que permeaban aquella sociedad. Al mismo tiempo, los Comunes aparecían como un foro mucho menos cohesionado y políticamente capacitado, cuyos miembros, lejos de formar y querer formar una oposición, se sentían muy ligados a sus circunscripciones de origen, solían adolecer de un grave desconocimiento de las necesidades reales de la política interior e internacional y eran más bien reacios a involucrarse en asuntos de verdadero alcance nacional. De tales carencias derivó con frecuencia la que Russell llamó irresponsabilidad fiscal de la Cámara, a causa de la cual la corona perdió interés en convocar Parlamentos. Así pues, se argüía, fueron sus propias limitaciones lo que ponía en peligro la continuidad parlamentaria, y no la malquerencia real. Además, la vida parlamentaria en la década de 1620 no debía ser tomada como peldaño irreversible para 1640. Estos planteamientos permitieron explicar de modo más convincente, por ejemplo, los cambios de fortuna en las carreras de Sir John Coke, Thomas Wentworth (con su notorio cambio de bando) e incluso John Pym.

Por otro lado, también se reconsideraron a fondo las relaciones entre capital y comunidad local o *county community*. Si bien se admitió que esta última no constituía un mundo tan autónomo y autosuficiente como pretendía la tradición de historia local inglesa (que alcanzó en Alan Everitt su fruto maduro), sí que se subrayó que el mundo de la corte y las maniobras londinenses entre Whitehall y Westminster les resultaban lejanos y aún incomprensibles. Había poca articulación política de alcance nacional. Y así, la respuesta local solió ser de recelo tanto ante las exigencias de Carlos I como ante la posterior experiencia de la guerra, durante la cual afloró todo un mundo de pasividad y neutralismo frente a ambos bandos contendientes. Éste es el sentido de la «revuelta de las provincias» del título de Morrill. En razón de la fuerza mostrada por este

construcción
del Parlamento
nuevo

Relaciones entre capital / comun. local

localismo, Ronald Hutton llegó a afirmar que no fue el Parlamento, sino la comunidad local, quien derrotó a Carlos I, y no por odio a la causa realista, sino por odio a la guerra.¹²

Si en los condados, pues, la tónica eran recelos locales, más que una amplia movilización nacional, en la capital lo eran —durante las décadas de 1620 y 1630— el consenso y la falta de polarización ideológica entre rey, ministros y Parlamento. Los debates, que sí los hubo, no nacían de una abierta confrontación sobre grandes principios constitucionales, pues, según insistía Russell, no se aprecia una auténtica falla ideológica hasta por lo menos 1640. No es sólo, pues, que no hubiera oposición en los Comunes, sino que se ha considerado inadecuado aplicar una tal expresión a la vida política de la época y atribuirle como objetivo el asalto al poder real. Los debates y enfrentamientos nacían de propuestas hacendísticas, rivalidades cortesanas, maniobras de unos u otros, cuestiones de honor, y, aunque pudieron ser muy enconados, eran discrepancias en el seno de un cuerpo de creencias políticas básicamente compartido. Sólo la religión provocaría fisuras de auténtico calado. Entretanto, las fricciones más serias tuvieron a veces lugar entre el rey y su entorno, en la corte y en el seno del Consejo Real.

En consecuencia, la expresión «Revolución Inglesa» parecía inapropiada, por excesiva. Y es que esta expresión denota conceptualizar aquellos hechos como un salto histórico cualitativo, un punto de inflexión crucial para el advenimiento de una sociedad moderna, individualista, secularizada, organizada en torno al mercado y regida por unos principios políticos basados en la noción de libertad. En cambio, «Guerra Civil» resultaba una expresión más adecuada, por neutra. Sus causas debían buscarse en el plazo corto (la década de 1630) o muy corto (los sucesos de 1640 a 1642), y sus consecuencias debían ser igualmente recortadas, tanto en su significado como en su proyección temporal hacia el futuro. Además, y en especial, las causas podían muy bien ser contingentes, imprevisibles. Por lo tanto, no se trataba sólo de reconstruir con mucho

12. Ronald Hutton, *The Royalist war effort, 1642-1646*, Longman, Londres, 1982, p. 203. Parecidamente, Morrill opinó que, a causa de ese localismo, las batallas libradas en tabernas y apartadas casas solariegas resultaron más decisivas para decidir el resultado final de la guerra que buena parte de lo sucedido en los campos de batalla: *Revolt of the provinces*, (2ª ed.), p. 51.

mayor detalle el desarrollo de los hechos, sino también de que el análisis histórico dejara espacio para la incertidumbre y el azar. A esto responde la frase de Anthony Fletcher, pronto famosa y ya aludida aquí: «Los grandes acontecimientos no tienen necesariamente grandes causas, aunque es natural que los historiadores las busquen».¹³ *Replia de L. Sto.*

Semejante despliegue de argumentos obtuvo seca respuesta de Lawrence Stone en 1979 en su célebre artículo en *Past and Present* sobre el resurgimiento de la narrativa. Allí Stone presentó al revisionismo como una escuela resuelta a asaltar la ciudadela de la ortodoxia dominante, y desdeñó su labor como mero empirismo anticuario y «namierismo» de bajo vuelo, dedicado a una minuciosa reconstrucción de tipos individuales y de politiqueros irrelevantes, «que niega implícitamente la existencia de algún significado histórico profundo, con excepción de los caprichos accidentales de la fortuna y la personalidad», e incapaz, por tanto, de dar una explicación cabal de un suceso de la envergadura de la Revolución Inglesa.¹⁴ Poco después, en 1981, la misma revista publicaba artículos de Theodore K. Rabb y Derek Hirst, que, bajo el título global «Revisionism revised», buscaban enfriar los entusiasmos revisionistas.¹⁵ Pero a renglón seguido salieron dos nuevos y persuasivos artículos de Conrad Russell sobre los Parlamentos, uno de ellos con un saludable tratamiento comparativo, que le hacían afirmar que eran las necesidades económicas provocadas por la guerra, y no las teorías absolutistas, las que llevaban a los reyes a presionar a sus asambleas representativas y que no había nada intrínsecamente inglés en la historia de los Parlamentos y asambleas representativas de la época.¹⁶ Las espadas estaban en alto.

13. Anthony Fletcher, *The outbreak of the English Civil War*, E. Arnold, Londres, 1981, p. 407.

14. Recopilado y traducido en Lawrence Stone, «El resurgimiento de la narrativa: reflexiones acerca de una nueva y vieja historia», en su *El pasado y el presente*, Fondo de Cultura Económica, México, 1986, p. 116.

15. Theodore K. Rabb, «The role of the Commons»; Derek Hirst, «The place of principle», *Past and Present*, 92 (agosto 1981), pp. 55-78 y 79-99.

16. Conrad Russell, «Monarchies, wars and estates in England, France and Spain, c. 1580-c.1640», *Legislative Studies Quarterly*, 7 (1982), pp. 205-220; «The nature of a Parliament in early Stuart England», en Howard Tomlinson, ed., *Before the English Civil War*, Macmillan, Londres, 1983, pp. 23-50, volumen que también contenía otras piezas revisionistas. Al igual que su artículo aludido en nota 8, ambos se hallan recogidos en su volumen *Unrevolutionary England*.

De entonces para acá los debates y réplicas han arreciado y la bibliografía no ha dejado de multiplicarse. Tan es así que R.C. Richardson publicó en 1988 una nueva edición, muy aumentada, de su informativo repaso a la historiografía sobre la Revolución Inglesa, inicialmente publicado en 1977, para incorporar esa continuada producción.¹⁷ Hoy, transcurrida casi otra década, con monografías nuevas y sus correspondientes reseñas, así como gran número de artículos penetrantes y balances bibliográficos rigurosos, publicados sobre todo en *Historical Journal* y en *Journal of British Studies*, y con un «post-revisionismo» ya bien definido, no falta material para otra puesta al día. ja ha

A lo largo, más o menos, de la década de 1980 tuvo lugar lo que puede considerarse como una segunda hornada de trabajos revisionistas. Al igual que los de la primera, les caracterizaba un incansable rastreo documental, especialmente en fuentes poco conocidas y, además, manuscritas, pues, en su afán por desbrozar la vida política real y auténtica, y en su vena más extrema, los revisionistas parecían desconfiar de textos impresos, proclives —en su opinión— a las visiones sesgadas. Los temas que han sido incorporados al debate son, entre otros, ^{De la década de los 80's.} los mecanismos que permitían mantener el orden en la Inglaterra moderna, un oportuno intento de reequilibrar una historiografía hasta entonces volcada en gran medida al estudio de las alteraciones y conflictos; ^{Nuevas fuentes} la cultura de las cortes de Jacobo VI y I y Carlos I, cuyo cosmopolitismo las hacía incomprensibles a la sensibilidad más tradicional o local de los otros actores políticos en el Parlamento o en los condados, y de las que, en sintonía con estudios sobre la sociedad cortesana coetánea en el continente, se ha señalado la vertiente política de sus hábitos de amistad y deferencia y de su creatividad literaria y artística, arrumbando el tópico de que ambas no eran sino camarillas de sicofantes corruptos;¹⁸ el factor religioso, muy recalcado,

17. R.C. Richardson, *The debate on the English Revolution revisited*, Routledge, Londres-Nueva York, 1988.

18. Anthony Fletcher y John Stevenson, eds., *Order and disorder in Early Modern England*, Cambridge University Press, Cambridge, 1985.

19. Graham Patry, *The Golden Age restor'd: The culture of the Stuart court, 1603-1642*, Manchester University Press, Manchester, 1981; R. Malcolm Smuts, *Court culture and the origins of a royalist tradition in Early Stuart England*, University of Pennsylvania, Filadelfia, 1987; Kevin Sharpe, *Criticism and compliment. The politics of literature in the England of Charles I*, Cambridge University Press, Cambridge, 1987; del mismo, su recopilación de artículos *Politics and ideas in early Stuart England*, Pinter, Londres, 1989. Por la propia naturaleza del tema, estos autores han tomado siempre en consideración una variedad de fuentes no estrictamente políticas.

pero no el énfasis anterior en la minoría puritana (ligada a la supuesta vitalidad parlamentaria), sino otros dos aspectos: por un lado, una amplia unidad en el mundo protestante bajo Isabel y Jacobo, de la que los puritanos no estaban extrañados, de modo que la enraizada polaridad anglicanismo-puritanismo no era tal; y, por otro, el ascenso, favorecido por Carlos I, del arminianismo, doctrina que agrietó aquella unidad a causa de su distanciamiento respecto del calvinismo por su tibieza sobre la predestinación y por su gusto por la jerarquía y el adorno de altares (*the beauty of holiness*), en detrimento de la predicación y la reflexión interior;²⁰ el cambio político operado por Carlos I entre 1628 y 1632, que le llevó a gobernar sin Parlamentos, un cambio que, estudiado expresamente sin las anteojerías de 1640, aparece como no del todo premeditado y tampoco abona la idea de que precipitara la guerra civil, aunque sí supuso alteraciones en los hábitos políticos ingleses y minó las bases de apoyo al rey;²¹ los procesos electorales en las localidades para enviar representantes a la Cámara de los Comunes, en los cuales, hasta bien entrada la década de 1640, no hubo auténticas elecciones, con sus consiguientes confrontaciones —consideradas destructivas de la cohesión que debía regir la vida local—, sino una juiciosa selección consensuada entre las fuerzas vivas de personas que gozaban de prestigio entre los convecinos;²² y, últimamente, la dimensión británica, y no solamente inglesa, tanto de la monarquía Estuardo como de la Guerra Civil y la Revolución, una dimensión —cuyo reconocimiento resulta, desde óptica española, ciertamente tardío— de la que se destaca su acusada heterogeneidad política y religiosa y que ha contribuido a difundir la noción de «reinos múltiples» o «monarquías compuestas», tan características de la época.²³

20. Patrick Collinson, *The religion of Protestants. The church in English society, 1559-1625*, Oxford University Press, Oxford, 1979; Nicholas Tyacke, *Anti-Calvinists. The rise of English Arminianism, c. 1590-1640*, Oxford University Press, Oxford, 1987. Tyacke anticipó su planteamiento en 1973 en su artículo en el volumen compilado por Russell, *The origins*.

21. L.J. Reeve, *Charles I and the road to personal rule*, Cambridge University Press, Cambridge, 1989.

22. Mark Kishlansky, *Parliamentary selection: social and political choice in Early Modern England*, Cambridge, 1986. El autor anticipó el planteamiento en 1977 en su artículo en el número de *Journal of Modern History* dedicado al primer revisionismo.

23. Quien primero propugnó la dimensión británica fue J.G.A Pocock, especialmente en el pensamiento político: «British history: a plea for a new subject», *Journal of Modern History*, 47 (1975); «The limits and divisions of British history: in search of the unknown subject», *American Historical Review*, 87 (1982), y «The history of British political thought: the creation of a centre», *Journal of*

Como se ha dicho, esta copiosa producción de trabajos fue replicada al inicio por varios historiadores, que pueden ser considerados neo-*whig* o perfectamente antirrevisionistas. De hecho, lo que hicieron fue reafirmarse en los planteamientos objeto de crítica. Pero de entre ellos, Lawrence Stone ha sido quien ha seguido con mayor perseverancia y ojo crítico el continuo despliegue revisionista y lo ha hecho en un vibrante apéndice a la segunda edición en 1986 de su libro *Causes of the English Revolution* y en diversas reseñas posteriores. A su juicio, el desafío revisionista, del que reconocía sus alardes eruditos y documentales, había tenido algunos efectos beneficiosos: despabilar un campo de estudio muy dominado por la historia social, corregir los simplismos *whig* más evidentes (en especial la idea de un partido de oposición en los Comunes), devolver la atención al estudio de la administración monárquica. Pero también afirmó abiertamente que nada de ello le obligaba a modificar sustancialmente su análisis de la Revolución según una secuencia de causas a largo término y precipitantes, aunque sí a moderar el uso de jerga sociológica; que los revisionistas tenían más éxito en mostrar grietas en la visión atacada que en construir una síntesis nueva; y que la nueva ortodoxia por ellos propugnada, a saber -y según la versión que daba el propio Stone— una visión de aquellas décadas basada en el consenso y en el accidentalismo (en el sentido de que no había tendencias de peso que condujeran a la guerra y a la revolución), no resultaba convincente ni apropiada.²⁴

British Studies, 24 (1985). Pero el énfasis propiamente revisionista en la dimensión británica ha sido en el terreno político, religioso y hacendístico: Russell, *Causes*, caps. 1 y 2 (donde, por ejemplo, hace la observación de que el partido realista inglés fue antes anti-escoés que realista, p. 15); del mismo, *Unrevolutionary England*, cap. 13; Morrill, *The nature*, cap. 12. Este último ha compilado además dos volúmenes sobre la cuestión: *The Scottish National Covenant in its British context, 1638-51*, Edinburgh University Press, Edimburgo, 1991; y, con Brendan Bradshaw, *The British problem. c. 1534-1707. State formation in the Atlantic Archipelago*, Macmillan, Londres, 1996.

24. Lawrence Stone, «Second thoughts in 1985», capítulo añadido a la segunda edición de *The causes of the English Revolution*, Ark, Londres Nueva York, 1986 (reedición, Routledge, Londres, 1994); «The century of Revolution», *New York Review of Books*, 26 febrero 1987, pp. 38-43; «The revolution over the Revolution», *New York Review of Books*, 11 junio 1992, pp. 47-52. En «Second thoughts», p. 165, Stone afirma: «En los últimos catorce años una enorme cantidad de tinta —y de sangre (en buena parte mía)— ha sido vertida por los revisionistas», frase que puede equipararse a otra de Tawney, muy citada, que es buen exponente de la agria polémica anterior sobre la *gentry*. En 1954 y tras la vitriólica crítica de Trevor-Roper a un artículo de Stone, Tawney, ya mayor, advirtió que «un colega que yerra no es un amalecita que deba ser trocado», citado por Richardson, *The debate*, p. 104; y por J.P. Kenyon, *The history men. The historical profession in England since the Renaissance*, Weidenfeld and Nicholson, Londres, 1983, p. 247.

Pese al vigor característico del veredicto de Stone, la réplica de los antirrevisionistas no fue, en conjunto, muy eficaz. Un desafiante Kevin Sharpe proclamaba en 1982: «Si la Vieja Guardia quiere aguantar, tendrá que hacer algo más que parapetarse alrededor de la bandera. Tendrá que responder a datos con datos». En efecto, esa réplica quedó poco menos que eclipsada por la riada de nuevos argumentos y documentación revisionistas, hasta el punto que en 1987 Conrad Russell anunció que la partida había concluido y que ellos habían ganado.²⁵ *Replicas en firme*

Pero justamente cuando el revisionismo parecía asentarse, a mediados y finales de la década de 1980 surgieron planteamientos de réplica en firme. Ahora bien, no se trataba de una contraofensiva de los antirrevisionistas de primera hora, sino de aportaciones nuevas de jóvenes investigadores, pronto bautizadas como «post-revisionismo». Según manifestarían dos de ellos, Thomas Cogswell y Richard Cust, tras asimilar parte de las críticas revisionistas y aceptar plenamente su exigencia de mayor rigor contextual y detalle cronológico en el estudio de la alta política, su objetivo era reexaminar los propósitos e intenciones de los actores políticos —de primera y también de segunda fila, en la capital y también en las localidades— para reequilibrar aquellos extremos de los planteamientos revisionistas que juzgaban inapropiados.²⁶ *Post-revisionismo*

El rasgo característico del post-revisionismo es haber reintroducido los conflictos en aquel panorama de consenso que los revisionistas habían dejado trazado para las décadas de 1620 y 1630. Eran sobre todo conflictos políticos e ideológicos y, en menor grado, sociales o económicos. Pero, al mejor estilo revisionista, algunos autores han dedicado un libro entero al estudio de un lapso breve de años y otros han aceptado la menor importancia de los Parlamentos y han buscado la lucha política en una variedad de centros de poder. Entre los temas estudiados, en clave de conflicto, figuran los siguientes: el brusco cambio en política exterior

25. Kevin Sharpe, «An unwanted Civil War?», *The New York Review of Books*, 2 diciembre 1982, p. 45; Russell, citado, con todo escepticismo, por Stone, «The revolution over the Revolution», p. 48. La escasa eficacia de la réplica contrarrevisionista ha sido señalada por Thomas Cogswell, crítico con los postulados revisionistas, «Coping with revisionism in Early Stuart history», *Journal of Modern History*, 62 (1990), pp. 540, 546; y Blair Worden, más distanciado de la polémica, «Revisiting the Revolution», *New York Review of Books*, 17 enero 1991, p. 40.

26. Cogswell, «Coping with revisionism», p. 546; y Richard Cust, «Revising the high politics of English Stuart England», *Journal of British Studies*, 30 (1991), p. 325, este último citado por Stone, «The revolution over the Revolution», p. 48.

operado por Jacobo VI y I a finales de su reinado, de amistad a beligerancia contra España y los Austrias, a continuación del fracasado proyecto de «boda española» del Príncipe de Gales, un cambio originado por la cuestión del Palatinado al inicio de la Guerra de los Treinta Años y provocado por la presión de un grupo en el Parlamento, los «patriotas», exigente con la solidaridad que creía que Inglaterra debía observar con la causa protestante internacional;²⁷ las consecuencias fiscales que esto comportó, pues, ante las dilaciones subsiguientes provocadas por los Comunes, Jacobo y Carlos se vieron empujados a aplicar los Préstamos Forzosos de 1625 y 1626-27, el primer intento serio de obtener ingresos extraparlamentarios, como ya venían haciendo otros monarcas continentales, unos impuestos que, pese al notable éxito logrado en su recaudación, alteraron el delicado equilibrio de confianza en que descansaba la vida constitucional;²⁸ las relaciones más estrechas entre capital o Parlamento, por un lado, y localidades, por otro, de lo que pretendían los revisionistas, pues, en lugar de un recíproco y relativo extrañamiento, había temas de interés común, favorecidos por el adecuado papel de los Comunes para encauzarlos y por una apreciable circulación de noticias en la sociedad, todo lo cual podía alimentar inquietudes políticas compartidas;²⁹ la polarización política que, por razones locales y nacionales, tuvo lugar en algún condado, de modo que, frente a la teoría del localismo, y pese a que la mayoría de su población prefería la paz a la guerra, ésta finalmente estalló en él por causas también locales, y no tan sólo forasteras, con el aditamento de que, tras la victoria del Parlamento, la política del condado estuvo en manos de personas de extracción social inferior a la de la clase dirigente anterior y a la posterior;³⁰ y la existencia de ideologías políticas auténticamente enfrentadas en materia

27. Thomas Cogswell, *The blessed revolution: English politics and the coming of war, 1621-1624*, Cambridge University Press, Cambridge, 1989.

28. Richard Cust, *The Forced Loan and English politics, 1626-1628*, Oxford University Press, Oxford, 1987.

29. Clive Holmes, «The county community in Stuart historiography», *Journal of British Studies*, 19 (1980), pp. 54-73; David Harris Sacks, «The corporate town and the English state: Bristol's 'little businesses', 1625-1641», *Past and Present*, 110 (febrero 1986), pp. 69-105; Richard Cust, «News and politics in early seventeenth-century England», *Past and Present*, 112 (agosto 1986), pp. 60-90.

30. Ann Hughes, *Politics, society and Civil War in Warwickshire, 1620-1660*, Cambridge University Press, Cambridge, 1987.

tan decisivas como los límites a la autoridad de la corona y la tradición inglesa de derecho común, de manera que el contraste entre prerrogativa real y libertades de los súbditos, viejo *locus classicus* de la historiografía *whig*, ha sido devuelto a un primer término.³¹ Y no ha faltado un volumen colectivo, cuya combativa introducción, «After revisionism», constituye todo un manifiesto post-revisionista, en pos de los conflictos políticos y religiosos en aquellas décadas.³² Nuevas investigaciones, réplicas y matices están a la orden del día.

Mientras tanto, los replanteamientos han rebasado el marco del siglo XVII y actualmente prácticamente toda la época moderna inglesa se halla bajo profundas reconsideraciones: a la luz del entendimiento actual de los límites del estado moderno, las novedades administrativas durante el reinado de Enrique VIII (que Elton bautizó en 1953 como «revolución Tudor en el gobierno») aparecen como mucho menos novedosas y eficaces, mientras que el impacto de la Reforma anglicana durante aquellos mismos años es considerado asimismo menos profundo. Parecidamente, la Revolución Gloriosa de 1688 aparece ahora como un suceso de mucha menor enjundia, cuyas consecuencias liberales tardaron lustros en cuajar.³³ Las revisiones han afectado igualmente al siglo XVIII, aunque de modo mucho menos convincente: con ánimo iconoclasta, esta época ha sido caracterizada como Antiguo Régimen, expresión realmente insólita aplicada a Inglaterra, el cual no acabaría hasta la década de 1830.³⁴

31. Johann P. Sommerville, *Politics and ideology in England, 1603-1640*, Longman, Londres, 1986.

32. Richard Cust y Ann Hughes, eds., *Conflict in Early Stuart England. Studies in religion and politics, 1603-1642*, Longman, Londres, 1989. En pp. 15-16 de la introducción indican cuáles son los objetivos del volumen, coincidentes con los señalados por Cogswell y Cust, recogidos en nota 26. En su campo de estudios locales, Hughes es quien más ha querido recuperar la dimensión social de aquellos conflictos, pero, por lo menos hasta 1989, el punto fuerte de la réplica post-revisionista han sido los conflictos políticos e ideológicos, como muestra el carácter más somero de las páginas que esta introducción dedica a los conflictos socioeconómicos (pp. 33 y ss.)

33. Christopher Coleman y David Starkey, eds., *Revolution reassessed. Revisions in the history of Tudor government and administration*, Clarendon, Oxford, 1986; Christopher Haig, ed., *The English Reformation revised*, Cambridge University Press, 1987; W.A. Speck, *Reluctant revolutionaries. Englishmen and the Revolution of 1688*, Oxford University Press, Oxford, 1988; Lois G. Schworer, ed., *The Revolution of 1688-89. Changing perspectives*, Cambridge University Press, Cambridge, 1992.

34. J.C.D. Clark, *English society, 1688-1832*, Cambridge University Press, Cambridge, 1985; del mismo, *Revolution and rebellion. State and society in England in the seventeenth and eighteenth centuries*, Cambridge University Press, Cambridge, 1986.

Y también la historia irlandesa conoce un debate revisionista, en el cual interviene de modo principal la evaluación de las relaciones con Inglaterra y la mayor o menor aproximación nacionalista a la historia.³⁵

II

Lamentablemente, muy poco de estas sucesivas aportaciones ha sido traducido en España, en contraste con lo sucedido con el revisionismo sobre la Revolución Francesa. Si de la etapa historiográfica inmediatamente anterior se tradujeron libros de Lawrence Stone, Christopher Hill, Peter Laslett y el volumen que recogía el famoso coloquio en Johns Hopkins en 1968-69 sobre las revoluciones y rebeliones modernas, en cambio de la ya larga etapa del revisionismo apenas si contamos con algunos trabajos aislados: un informe en *Historia 16* en 1987, que incluía breves artículos de Christopher Hill, Ian Roy, John Morrill y John Miller; el importante artículo de Conrad Russell sobre las asambleas representativas en Inglaterra, Francia y España, enriquecido por un apéndice bibliográfico; y un libro de Hugh Kearney y diversos artículos de Conrad Russell, Howard Erskine-Hill, Eveline Cruickshanks, John Morrill y Steven Ellis sobre la cuestión británica.³⁶ Completan un poco este magro panorama algunos libros o capítulos de libros sobre temas más amplios.³⁷

35. Nancy J. Curtin, «'Varieties of Irishness': Historical revisionism, Irish style», *Journal of British Studies*, 35 (1996), pp. 195-219; Mary E. Daly, «Recent writings on modern Irish history: the interaction between past and present», *Journal of Modern History*, 69 (1977), pp. 512-533. Ambos artículos tratan sobre todo de los siglos XVIII y XIX, pero ofrecen también orientaciones útiles sobre los debates que afectan al período 1640-1660.

36. «Cromwell: la Revolución Inglesa», *Historia 16*, 138 (octubre 1987); Conrad Russell, «Monarquías, guerras y Parlamentos en Inglaterra, Francia y España, c. 1580-c. 1640», con apéndice por Julio A. Pardos, «Conrad Russell y el reciente debate sobre el Parlamento inglés del s. XVII: una nota bibliográfica», *Revista de las Cortes Generales*, 6 (1985), pp. 231-263; Hugh Kearney, *Las Islas Británicas. Una historia de cuatro naciones*, Cambridge University Press, Madrid, 1996; Conrad Russell, «Gran Bretaña a comienzos del siglo XVII: monarquía compuesta y reino múltiple»; Howard Erskine-Hill, «Reinos en discordia: imágenes de Irlanda y Escocia en la poesía inglesa, 1688-1745»; Eveline Cruickshanks, «La unión con Escocia y el problema de la identidad nacional escocesa», los tres en C. Russell y J. Andrés Gallego, dirs., *Las monarquías del Antiguo Régimen, ¿monarquías compuestas?*, Editorial Complutense, Madrid, 1996; John Morrill, «Gran Bretaña i Irlanda: un estat nou i diversos pobles nous, 1500-1720», y Steven Ellis, «La formació de l'estat a les Illes Britàniques: el cas de la Irlanda Tudor», ambos en *L'Avenç*, 219 (noviembre 1997), pp. 12-26.

37. Entre otros, Stone, *El pasado y el presente*, caps. 7, 9, 10; Perez Zagorin, *Revoluciones y revoluciones en la Edad moderna*, 2 vols., Cátedra, Madrid, 1985-1986, cap. 12; Harvey J. Kaye, *Los historiadores marxistas británicos*, Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 1989, cap. 4; Thomas Munck, *La Europa del siglo XVII, 1598-1700*, Akal, Madrid, 1994, pp. 103 y ss. Asa Briggs, *Historia social de Inglaterra*, Alianza, Madrid, 1994, cap. 6.

En cambio, sí que disponemos de dos buenos ensayos bibliográficos sobre estos debates, escritos especialmente para el público español: en dos momentos sucesivos James Casey e I.A.A. Thompson han trazado balances bien informados y muy orientadores, éste último, además, con esclarecedoras alusiones a la repercusión en la labor histórica del clima político generado en la Gran Bretaña ante el proceso de convergencia europea.³⁸

El propósito de esta sección en el presente número de *Pedralbes* es contribuir a la tarea de facilitar el conocimiento de las posturas y argumentos de los principales autores. Es buena ocasión para hacerlo, pues se cumplen ahora los veinticinco años de la publicación del libro de Lawrence Stone, *The causes of the English Revolution* (1972), al que, como se ha visto, se le ha atribuido un papel primordial en la génesis del debate revisionista.

A estos efectos, el presente ensayo, que tiene carácter introductorio, acompaña la traducción de dos trabajos. La selección de artículos para traducir, aquí necesariamente muy limitada, no es fácil ante las muchas posibilidades para elegir. Se ha optado por dos revisionistas señeros: Conrad Russell y John Morrill, el segundo mediante un artículo propio y el primero mediante la extensa reseña que el recientemente fallecido John Kenyon hizo sobre sus tres últimos y significados libros. Si bien John Morrill avanzó parte de su contenido en su mencionado artículo en *Historia 16*, «La naturaleza de la Revolución Inglesa» tiene la virtud de ofrecer una panorámica amplia y actualizada de las cuestiones y la bibliografía discutidas, así como de la postura del autor, madurada después de sus numerosos trabajos sobre diversos aspectos. Fue escrito inicialmente para un público no inglés, circunstancia que lo hace muy apropiado para este propósito, y ahora abre y da título a su volumen recopilatorio, *The nature of the English Revolution* (Longman, Londres, 1993). Por su parte, la reseña de John Kenyon ofrece una síntesis clara de los planteamientos de Russell, que tanta repercusión han tenido, acompañada de sus propios juicios al respecto y de un comentario sobre el libro

38. James Casey, «La Revolución Inglesa del siglo XVII», *Manuscripts*, 9 (1991), pp. 227-247; I.A.A. Thompson, «Cifo se hace conservadora: la historiografía británica de la Edad Moderna desde mediados de la década de 1980», en *Diez Años de historiografía modernista*, «Monografías Manuscripts», 3, Bellaterra, 1997, pp. 87-102.

post-revisionista compilado por Cust y Hugues, ya citado, de manera que sirve también como orientación para las fases ulteriores del debate.³⁹

III

Conforme este largo debate se ha venido desarrollado, los análisis y posturas se han repensado y pulido. Y también se han limado aristas. Como se ha visto, algunos de los postulados revisionistas —sobre todo su cruzada antiteleológica, su exhortación a estudiar detenidamente el desarrollo de los hechos e incluso su llamamiento a no sobrevalorar los factores de conflicto por encima de los de cohesión— se han incorporado a la visión general de la época. El post-revisionismo parte del revisionismo, más que de su negación, y los debates entre aquél y éste se vienen sucediendo, por lo común, sin la conocida acritud de otras controversias académicas inglesas. Además, en los últimos años ambos se han desarrollado simultáneamente y no han faltado influencias recíprocas. Por otra parte, entre los revisionistas, que no formaron una cohorte compacta ni siquiera al inicio, se han ventilado discrepancias nada desdeñables. Todo esto hace que hoy no sea fácil —ni apropiado— trazar líneas nítidas de separación entre unos y otros al presentar las principales cuestiones en su estado actual.

Más aún, el hecho de que Stone siempre sopesa los distintos factores en juego y, rechazando posturas dicotómicas, busque un equilibrio (que no asepsia) analítico, hace que no sea ninguna *boutade* que se le haya considerado como un revisionista, y muy temprano, por cierto.⁴⁰ Por su parte, Morrill advierte en la recopilación de sus artículos que muchos de

39. Conrad Russell y John Morrill dirigen sendos seminarios en el Institute of Historical Research de Londres y en la Universidad de Cambridge, respectivamente, que se han erigido como los principales foros de discusión sobre estos temas. Morrill, además, ha compilado numerosos volúmenes, que han venido desplegando un mosaico amplio y vivo de autores y temas de investigación. Son de mencionar, entre otros, *Reactions to the English Civil War, 1642-1649*, Macmillan, Londres, 1982; *Oliver Cromwell and the English Revolution*, Longman, Londres, 1990; *The impact of the English Civil War*, Collins and Brown, Londres, 1991; y los ya citados *The Scottish National Covenant* y *The British problem*. Por su parte, John Kenyon es autor de *The Stuart constitution*, Cambridge University Press, Cambridge, 1966, una colección documental muy útil; de varios estudios sobre la evolución política de finales del siglo XVII, entre ellos *Revolutionary principles. The politics of party, 1689-1720*, Cambridge University Press, Cambridge, 1977 (2ª ed., 1990); y de un libro general, que se hizo eco de los primeros postulados de Russell: *Stuart England*, Penguin, Harmondsworth, Londres, 1978.

40. Benigno, «Specchi delle rivoluzioni», p. 21.

ellos fueron escritos en plena polémica y que, leídos años después, cuando los debates han ido evolucionando, pueden parecer dirigidos a molinos de viento. Él mismo explica las circunstancias y propósitos de su elaboración y ofrece reflexiones posteriores muy francas al respecto, en lo que constituye un estimulante ejercicio de autobiografía intelectual y un recorrido revelador por los vericuetos del debate revisionista a lo largo de los años. Y en no pocas ocasiones matiza o corrige sus planteamientos iniciales. Tampoco es de extrañar, pues, que haya sido considerado como un revisionista reticente.⁴¹

Esta singular combinación actual entre discrepancias y confluencias se observa en varias cuestiones. En primer lugar, el por qué sucedieron aquellos hechos. Cuando Christopher Hill arguye que el estallido de la revolución fue dictado por las fracturas y las presiones en la sociedad, más que por los deseos de sus líderes, y concluye que nadie la quiso como tal —a diferencia de la de 1688-1689—, pero que, no obstante, sucedió, está diciendo implícitamente que era poco menos que inevitable, tal era la gravedad de los conflictos estructurales y colectivos que se estaban dilucidando. Por el contrario, cuando John Morrill se pregunta qué habría pasado en caso de que Carlos I no hubiera abandonado Londres o si hubiera convocado al Parlamento inglés en York a su regreso de Escocia en octubre de 1641, es porque admite la posibilidad de que decisiones individuales de este tipo hubieran podido cambiar el curso de los acontecimientos.⁴²

Bajo uno y otro planteamiento subyace una apreciación igualmente distinta a propósito de la situación social de aquellas décadas. Lawrence Stone subrayó su inestabilidad social y política, provocada por la crisis de la aristocracia y por otros factores estructurales, como las carencias burocráticas de la monarquía inglesa. De aquella inestabilidad y turbulencias nacieron la guerra civil y la revolución.⁴³ Por el contrario,

41. Morrill, *The nature*, p. 33 y caps. 2, 8 y 12; Jonathan Clark, «Reluctant revisionist», reseña de este libro, *Times Literary Supplement*, 27 agosto 1993.

42. Christopher Hill, «A bourgeois revolution?», en J.G.A. Pocock, ed., *Three British revolutions: 1641, 1688, 1776*, Princeton University Press, Princeton, 1980, pp. 111, 134; John Morrill, «Introduction», en Morrill, ed., *Reactions to the English Civil War*, p. 19; Morrill, «The causes of Britain's civil wars», en su *Nature*, p. 265.

43. Stone, *Causes*, pp. 58 y ss.; del mismo, «The results of the English Revolutions of the seventeenth century», en Pocock, ed., *Three British Revolutions*, p. 23.

Morrill argumenta que Inglaterra era en las primeras décadas del siglo XVII un país que gozaba de una notable estabilidad, de manera que una sacudida violenta parecía entonces más improbable que en tiempos anteriores. En 1637, corrobora Russell, el país no parecía hallarse al borde de la guerra civil, de tal manera que, según advierte, lo que requiere explicación no es por qué las inclinaciones revolucionarias eran tan fuertes, sino por qué eran tan débiles, más débiles que en Escocia e Irlanda. Más aún, Russell llama la atención sobre un hecho fortuito: el estallido de la rebelión irlandesa en noviembre de 1641 forzó a Carlos I a no poder prescindir del que sería Parlamento Largo. Es decir, si el estallido se hubiera demorado tres semanas, no habría habido un Parlamento para participar en una guerra civil.⁴⁴

Esto no significa que Russell y Morrill se abandonen a un ficticio juego contrafactual, ucrónico, sino que señalan hechos que, con plena verosimilitud en aquellas precisas circunstancias, hubieran podido perfectamente suceder o no suceder y que, en tal caso, el curso de los acontecimientos hubiera sido otro. Es decir, se trata de un recurso para dejar en sus análisis el oportuno espacio a lo contingente, para subrayar que nada de lo que sucedió fue inevitable. Éste, como se ha visto, es un rasgo distintivo de los revisionistas. Y, en consecuencia, ambos autores se aplican a un estudio detallado de períodos breves de tiempo para exponer cómo todo fue sucediendo, Russell más atento a los años 1637-1640, y Morrill a 1642 y a 1649.

Pero Lawrence Stone, por su parte, ha replicado que su libro *Causes* no planteaba en modo alguno una tal inevitabilidad, sino todo lo contrario. Reclamándose seguidor de Gibbon y sobre todo de Weber, Stone aclara razonadamente que considera que los grandes acontecimientos tienen causas grandes y también triviales; que esas causas múltiples se ayudan unas a otras mediante lo que llama «afinidades electivas»; y que en los procesos históricos hay consecuencias claras que se derivan de determinadas estructuras y también posibilidades cuya materialización queda al albur de contingencias específicas.⁴⁵

44. Morrill, «La naturaleza de la Revolución Inglesa», pp. 290 y ss.; Russell, *Causes*, pp. 10, 11, 18, 31-32, 187, 213. El momento fatídico de la rebelión irlandesa había sido señalado ya por Fletcher, *Outbreak*, p. 408.

45. Stone, «Second thoughts», pp. 167-168, 170-171, reflexiones que ha completado en su ensayo de autobiografía intelectual «Lawrence Stone - as seen by himself», epílogo en A.L. Beier, D. Cannadine

Se reconoce, pues, el papel de lo contingente, pero surgen claras diferencias acerca del peso que se le atribuye. Y si Stone ha explicitado sus planteamientos, también Russell ha repensado los suyos, conforme ha desplazado su interés desde la política parlamentaria en la década de 1620 hacia los orígenes de la Guerra Civil. Russell se pronuncia expresamente por «un tipo de causación más contingente [que] no busca directamente las causas de la Guerra Civil, sino las causas de los hechos que condujeron a la Guerra Civil». Y las encuentra en una relación de siete hechos y «no-hechos» en la alta política, entre 1640 y 1642, relación ahora tan difundida como antes fueran las precondiciones, precipitantes y desencadenantes de Stone. Pero la de Russell no es una relación causal ni secuencialmente encadenada: bastaba —advierte— con que no se cumpliera cualquiera de esos hechos y no-hechos para que la guerra no hubiera estallado, de modo que además de identificarlos, hay que atender a su conjunción temporal.⁴⁶

Desde el antirrevisiónismo, este planteamiento de Russell ha sido tachado de visión casi nihilista de la causación histórica, en línea con otras opiniones no menos descalificadoras del conjunto de la labor de los revisionistas.⁴⁷ Semejantes críticas resultan un tanto exageradas. Sin duda, la insistencia revisionista sobre el factor contingente y contra el automatismo causal ha podido ser estridente, aunque no infundada, y ha despertado rechazos. Resaltar lo contingente ha dado a veces pie a conjeturas

y J.M. Rosenheim, eds., *The first modern society. Essays in English history in honour of Lawrence Stone*, Cambridge University Press, Cambridge, 1989, esp. pp. 585, 592-593. En *Causes*, efectivamente, había afirmado que el resultado no era inevitable (p. 117), pero también señalaba, por ejemplo, que el éxito de Isabel I en evitar conflictos internos tuvo el resultado paradójico de favorecer, en lugar de reducir, las posibilidades de que hubiera una guerra civil en el futuro (p. 78).

46. Russell, *Causes*, cap. 1, esp. pp. 24-25 (que contienen la cita). Estos siete hechos y no-hechos son los siguientes: las Guerras de los Obispos, la derrota de Inglaterra en ella, el fracaso en alcanzar un acuerdo entre noviembre de 1640 y mayo de 1641, el no haberse disuelto ni prorrogado el Parlamento, la toma de postura entre bandos enfrentados, el fracaso en negociar, y la disminuída autoridad del rey.

47. Es Stone quien habla de nihilismo histórico, aplicado ahora y en concreto al último Russell, «Revolution over the Revolution», p. 49. Otras críticas al revisionismo en conjunto fueron las de David Cannadine, que lo tomó como una miope acumulación de datos de alta política sobre breves períodos de tiempo, casi carente de sentido («British history: past, present -and future?», *Past and Present*, 116 (agosto 1987), pp. 183, 189); y la reciente de Thompson, que lo caracteriza así: «Es el vuelo de la mariposa, una teoría del caos histórico» («Clío se hace conservadora», p. 94).

atrevidas o a planteamientos triviales.⁴⁸ Pero es el caso que la mencionada relación de hechos y no-hechos de Russell no satisface tampoco plenamente a un revisionista crítico como Morrill. Pese a encontrar otras claras virtudes en su planteamiento, opina que sus siete causas de hechos no son, en pura lógica, las únicas indispensables ni tampoco las más evidentes, y sugiere otras causas adicionales, de tenor parecido.⁴⁹ *Search de búsqueda*

Sea como fuere, últimamente se aprecia una cierta aproximación de posturas acerca de una cuestión tan capital. Morrill ha aceptado sin reservas una crítica formulada al revisionismo por sus excesos anti-teleológicos, y reconoce la fuerza de la ley histórica de las consecuencias no buscadas, de modo que admite que es factible hallar causas subyacentes, sin por ello caer en desacreditados anacronismos o teleologismos.⁵⁰ De modo no menos claro, Lawrence Stone ha proclamado la necesidad de que el análisis histórico atienda a los factores individuales, *Morrill Stone*

48. Como ejemplos respectivos, véanse la observación de Russell: «Creo que si Jacobo hubiera sido sucedido por su hija calvinista en lugar de su hijo arminiano, no sólo es posible que la Guerra Civil no hubiera sucedido, también es posible que hubiera podido suceder con la mayoría de los principales protagonistas situados en el bando contrario al que ocuparon en los hechos» (*Unrevolutionary England*, p. xxx); y el comentario de Recve acerca de los efectos de la personalidad de Carlos I sobre el devenir de los acontecimientos: «Es ocioso especular sobre cómo Jacobo I se hubiera desenvuelto entre las dificultades políticas que acuciaron a su hijo. Pero sí sabemos que no hubo guerra civil en Inglaterra bajo Jacobo» (*Charles I and the road*, p. 295). Puede añadirse que la figura del príncipe Enrique, hijo mayor de Jacobo, fallecido en 1612 a la edad de dieciocho años, ha permitido a Christopher Hill hacer comentarios ponderados sobre el abrupto contraste entre, por un lado, lo que era esperable de sus vivos intereses culturales, religiosos y de política exterior y, por otro, el camino seguido por su hermano Carlos: «The man who should be king», *New York Review of Books*, 23 octubre 1986, pp. 19-20, acerca del libro de Roy Strong, *Henry Prince of Wales and England's lost Renaissance*, Thames and Hudson, Londres, 1986.

49. Morrill, «The causes of Britain's Civil Wars», en su *Nature*, pp. 254-255, 271-2. Las otras causas de hechos que sugiere son el cambio en la percepción por parte de los miembros del Parlamento de las protestas en los condados y los imperativos de reforma sentidos por grupos puritanos a inicios de la década de 1640. Opina además que Russell, también él, cae en cierto determinismo por su exposición teleológica del período —breve, eso sí— entre 1641 y 1642 (p. 265). Por su parte, Anthony Fletcher no se muestra convencido por los planteamientos de Russell en la reseña a sus tres libros: «Power, myths and realities», *Historical Journal*, 36 (1993), pp. 211-216.

50. Morrill, «Britain's Revolutions», en su *Nature*, pp. 245, 250-251. Esta crítica la formuló Glenn Burgess, «On revisionism» [citado, n. 7], pp. 614-616, donde invita a distinguir entre una teleología rígida, determinista y rechazable, y otra ligera, que ayuda al historiador a ordenar los hechos en su desarrollo temporal, distinción que Morrill hace suya. El mismo Morrill ha señalado que la rebelión irlandesa de 1641, aunque naturalmente no era inevitable, sí era predecible, si bien cuando tuvo lugar tomó un imprevisto sesgo prorrealista y antiparlamentario: «The British problem, c.1534-1707», en Bradshaw y Morrill, eds., *British problem*, pp. 31-32.

a la contingencia y al puro azar, los cuales —reconoce— fueron minusvalorados o ignorados en anteriores explicaciones históricas, mientras que J.H. Elliott ha reiterado su ya conocida sensibilidad al respecto.⁵¹ Por su parte, Peter Lake, estudioso post-revisionista de la religión, en una evaluación muy afinada de los pros y contras del revisionismo y del antirrevisionismo, ha mostrado que a veces Russell no ha sido interpretado correctamente y que de su obra y de la de otros revisionistas sí pueden extraerse explicaciones causales estructurales, algo que no siempre han hecho ellos directamente. Son, empero, unas explicaciones que deben aceptar que la vida política se mueve con una cierta autonomía y en una cierta indeterminación.⁵² Es una postura muy acorde con el estado que actualmente presenta la disciplina histórica, en la cual, tras ciertos excesos de confianza de años atrás, no hay pretensiones de lograr explicaciones omnicomprensivas, o incluso hay recelos ante ellas. Y, de todos modos, ya Clarendon constató la falta de concordancia entre los fines deliberadamente perseguidos por los actores y el desarrollo real de los hechos, aunque él la salvara recurriendo al providencialismo.⁵³

Esta mayor sensibilidad por los efectos no buscados ayuda mucho a la hora de conceptualizar lo que fueron aquellos hechos, la segunda de las grandes cuestiones que aquí se repasan. Si prácticamente nadie arguye actualmente que los líderes parlamentarios pretendían una revolución, menos aún se defiende que aquella hubiera de ser una revolución burguesa protagonizada por la burguesía. Sin embargo, Hill y Stone han señalado que en sus consecuencias, ya que no en sus propósitos, fue burguesa, por cuanto de ella surgió una organización política y social favorecedora del desarrollo de las relaciones capitalistas, tanto en Inglaterra como en sus florecientes colonias. Por lo tanto, esa fase histórica, inequívocamente revolucionaria, adquiere, para ellos y muchos otros autores, un carácter

51. Stone, «As seen by himself», p. 595; del mismo, «The future of History», en Barros, ed., *Historia a debate*, I, pp. 180, 187-188; y también su intervención en una mesa redonda, *ibidem*, p. 38. J.H. Elliott, «Conferència de clausura» y «Conversa amb J.H. Elliott», en «Catalunya i Espanya a l'època moderna. Homenatge a J.H. Elliott», *Manuscrits*, 15 (1996), pp. 174, 195.

52. Lake, «Retrospective», [citado, n. 7] pp. 260-264, 270. Véase también *infra*, nota 68.

53. Referido por Fernando Sánchez Marcos, *Invitación a la Historia. La historiografía, de Heródoto a Voltaire, a través de sus textos*, Labor, Barcelona, 1993, p. 127, n. 51.

excepcional por cuanto supuso un primer umbral hacia la modernización de Occidente, de la que Inglaterra fue el país pionero.⁵⁴

Russell, en cambio, niega categóricamente que lo que sucedió fuera ni resultara ser una revolución, sino una guerra civil, con rasgos de rebelión baronal (cuyo objetivo era someter al rey a mayor supervisión), y ha titulado ostensiblemente su recopilación de ensayos *Unrevolutionary England, 1603-1642* (1990).⁵⁵ Morrill, por su parte, considera que esa guerra civil no fue indicio de experiencia pionera alguna, susceptible de ser considerada a la luz de 1789, ni siquiera enmarcable en la clásica tesis de la «crisis general» del siglo XVII. Fue, por el contrario, un indicio de atraso: era una guerra de religión (expresión que ya había utilizado Fletcher), justamente cuando en el continente estos conflictos ya estaban más o menos resueltos en un sentido u otro. Con posterioridad, el propio Morrill ha reconocido que este argumento representó, en su momento, la quintaesencia revisionista. En cualquier caso, y pese a seguir discrepando con esas teorías de la modernización, no regatea a aquellos sucesos el rango de revolución, como se desprende del título de su libro, aunque tampoco hace de ello su núcleo.⁵⁶

En tercer lugar, hay una amplia coincidencia en constatar que no han fructificado suficientemente los intentos de buscar causas sociales para la Guerra Civil y explicar en función de ellas la opción realista o la parlamentaria. Ya Stone señaló, frente a fáciles estereotipos economicistas o de otro tipo, que los factores individuales y formativos pesaron a este respecto tanto o más que la pertenencia a una clase social o que las

54. Stone, *Causes*, p. 147; del mismo, «The results of the English Revolutions», *passim*; Hill, «A bourgeois revolution?», pp. 111, 134-5. Véase también Casey, sobre las consecuencias, «La revolución inglesa del siglo XVII», p. 237. Es significativo que el libro homenaje a Stone, ya citado, compilado por L. Beier, D. Cannadine y J. Rosenheim, se titule *The first modern society* (1989). En él Robert Brenner presenta un matizado análisis sobre la cuestión, arguyendo que el desarrollo económico tuvo lugar en el marco del que llama *landlordism*, y no contra él: «Bourgeois revolution and transition to capitalism», cap. 8.

55. Niega que fuera una revolución en *Causes*, pp. 7-8. Plantea la tesis de rebelión baronal en lugares dispersos, John Adamson la ha desarrollado y un resumen de la misma puede verse en Burgess, «On revisionism», p. 620; Morrill, "Naturaleza", pp. 301-303.

56. Fletcher, *Outbreak*, p. 418; Morrill, *Nature*, parte primera: «England's wars of religion», en especial pp. 34-36, donde, además (n. 5), explica por qué utiliza la palabra «revolución» en el título, aunque deja a juicio del lector si la naturaleza de los cambios producidos, según aparecen en su libro, lo justifica, como así es.

presiones económicas; que ni el esquema de lucha de clases ni la dicotomía estricta *court-country* se ajustan satisfactoriamente a la realidad, aunque sí hubo inclinaciones culturales divergentes en este último terreno; y que, a la vista de la gestión por algunos nobles realistas y otros burgueses parlamentarios de sus bienes agrícolas y comerciales, las etiquetas de «conservador» o «empresarial» aplicadas respectivamente a un bando y al otro son inadecuadas. Cualificados post-revisionistas han podido certificar que los intentos de encontrar causas sociales para la Guerra Civil han quedado, como mínimo, sin alcanzar conclusiones fiables.⁵⁷

En cualquier caso, las raíces sociales del conflicto no despiertan el interés de décadas atrás. Pocos de entre los nuevos autores y planteamientos han conferido a la *middling sort* de Christopher Hill y Brian Manning aquel relevante papel.⁵⁸ Ahora se mira más a las fracturas dentro de las clases dirigentes, tanto en el centro como en las localidades. Y se ve que el estallido de la Guerra Civil fue cosa de grupos reducidos, y más aún el posterior giro radical —revolucionario e inicialmente no buscado— que adquirieron los hechos a partir de 1649. Es la cuarta cuestión.

La pasividad de gran parte de la sociedad ante la Guerra Civil fue ya señalada por Stone, pero ha sido Morrill quien más se ha significado en subrayarla. Y su insistencia en la actitud reacia a tomar partido por unos u otros, sobre todo en los condados, ha surtido sus frutos. Con todo, ahora el propio Morrill advierte que quizá asoció de manera demasiado directa localismo con neutralidad, y señala que, si bien el grupo que condujo la *Commonwealth* fue también reducido, contaba con el respaldo de una minoría en todos los grupos sociales y con el apoyo decisivo del ejército. Frente a estas minorías motivadas, la respuesta popular amplia fue conservadora, y su manifestación más activa, los *clubmen* en el sur de Inglaterra y de Gales en 1645-46, deseosos de poner fin a la guerra y

57. Stone, *Causes*, pp. 38-40; «Corte y país», en su *El pasado y el presente*, cap. 10; «The bourgeois revolution of the seventeenth century revisited», *Past and Present*, 109 (noviembre 1985), pp. 44-54. Las certificaciones son de Cust y Hughes, «After revisionism», pp. 34-35; y Lake, «Retrospective», p. 258.

58. Esto no significa que hayan dejado de ser objeto de estudio, sino que la atención que reciben es, sobre todo, desde la historia social, como se comprueba, por ejemplo, en Jonathan Barry y Christopher Brooks, eds., *The middling sort of people. Culture, society and politics in England, 1550-1800*, Macmillan, Londres, 1994. Pero también la reciben desde una nueva apreciación política: véase nota 104.

regresar al orden tradicional de las cosas.⁵⁹ En el otro extremo, sólo pequeños grupos populares y de la *middling sort* optaron por el radicalismo de las sectas.⁶⁰ Junto a estos trabajos, David Underdown ha trazado un amplio e imaginativo panorama para conocer las raíces de las opciones realista o parlamentaria en diversas localidades y condados, según el cual hubo factores medioambientales (tipo de cultivos, pauta de propiedad de la tierra) que generaron unas pautas socio-familiares y unos usos de cultura y religión popular, que, a su vez, ayudaron a definir la toma de opciones.⁶¹

Pero son sobre todo la política y la religión los factores que más se subrayan, y esto constituye la quinta cuestión. Es sintomático que Stone haya admitido que en sus *Causes* los temas de disputa constitucional en las décadas 1620 a 1640 no recibieron suficiente atención.⁶² Esta postura, acorde con el extendido reconocimiento de que la política sufrió un eclipse excesivo durante la eclosión de la historia social, no le acerca del todo, sin embargo, a las posturas más plenamente revisionistas. Y es que Russell y Morrill insisten en que, contrariamente a lo que parecía esperable según la visión *whig*, no se produjo durante el gobierno personal de Carlos I ni tampoco al estallar la Guerra Civil una escalada en la formulación de posturas constitucionales radicales ni de teorías de resistencia. Lo que los parlamentarios adujeron en justificación de su conducta, precisa Russell, es que el rey había iniciado la guerra, que los realistas eran unos rebeldes y que ellos no hacían sino defenderse.⁶³

Ésta ha sido una de las razones más firmes para cuestionar la idea de una oposición ideológica y de partido a Carlos I y para postular que un consenso básico dominaba en aquellos años. En concreto, Russell arguye

59. Stone, *Causes*, pp. 54-55, donde habla también de amplios deseos de cambio sentidos entre nobles y *gentry*, habitualmente conservadores, como factor que impulsó la revolución, juicio que hoy no goza de predicamento; del mismo, «Corte y país»; Morrill, «Naturaleza», p. 316; y *Nature*, p. 184.

60. A Hill se le ha reprochado que en sus estudios de las actitudes populares durante los acontecimientos haya primado a estos grupos e ignorado el amplio conservadurismo de las clases bajas: Morrill y Davis citan y suscriben una crítica de David Underdown en este sentido: «Hill's revolution», pp. 281-282; y «Puritanism and revolution», p. 481, respectivamente.

61. David Underdown, *Revel, riot and rebellion. Popular politics and culture in England, 1603-1660*, Oxford University Press, Oxford, 1985.

62. Stone, *Causes*, «Second thoughts», pp. 173-174.

63. Russell, *Causes*, pp. 23-24, 131-135; Morrill, «Naturaleza», p. 301; *Nature*, pp. 39, 40, 247 y cap. 15.

que por entonces el sistema político inglés era maduro, de tal manera que estaba y, sobre todo, se le creía suficientemente capacitado para dar respuesta a las tensiones y conflictos inherentes a la vida en sociedad, pues contaba con varios canales (Parlamento, corte, tribunales, *lobbying*) a través de los cuales los súbditos podían obtener satisfacción a sus agravios. Y, pese a ello, una minoría de miembros del Parlamento se vió a sí misma, sorprendida, apelando a un modo no constitucional de resolver los problemas: la rebelión. Más aún, no es sólo que los parlamentarios no desarrollaran, ni siquiera en 1642, una perceptible teoría de resistencia, sino que ambos bandos apelaban por igual a la venerable idea del imperio de la ley. Ambos bandos, corrobora Morrill, se erigían en 1642 en defensores de la «antigua constitución». Así pues, lo que provocó el estallido de la Guerra Civil no fueron dos teorías antagónicas sobre el gobierno, sino dos interpretaciones, con raíces comunes, de la doctrina del imperio de la ley. De ello se desprende que la radicalización ideológica no fue causa, sino consecuencia, del conflicto.⁶⁴

Así las cosas, la pregunta que surge es obvia: si, tal como quieren los revisionistas, el Parlamento era poco eficaz para las grandes tareas del estado, aunque sí para procurar satisfacción a agravios particulares, y si el ambiente general era de consenso ideológico, ¿qué provocó entonces los conflictos y el estallido de la Guerra Civil? Y es que, en la reposada opinión de Barry Coward, que, sin ser revisionista, toma en cuenta esos replanteamientos, ahora se ha hecho mucho más difícil explicar el paso sucesivo de la crisis constitucional de 1640 al estallido de la guerra en 1642 y de ahí a la rebelión del ejército en 1647 y finalmente a la ejecución del rey y la abolición de la monarquía en 1649.⁶⁵

64. Russell, *The fall of the British monarchies, 1637-1642*, Clarendon, Oxford, 1991, cap. 1; *Causes*, cap. 6 (esp. pp. 136, 142); Morrill, «Introduction» en Morrill, ed., *Reactions*, pp. 5-8.

65. Barry Coward, «Was there an English Revolution in the middle of the seventeenth century?», en C. Jones, M. Newitt y S. Roberts, eds., *Politics and people in revolutionary England. Essays in honour of Ivan Roots*, Blackwell, Oxford, 1986, pp. 10, 17, 23, donde añade que ha sido frecuente subsumir en un único problema estos pasos sucesivos, tomados por automáticos. Con ironía, William Lamont comenta que ahora es más fácil explicar por qué la Guerra Civil no debió haber sucedido que por qué sí sucedió: «The Puritan revolution: a historiographical essay», en J.G.A. Pocock, con G.J. Schochet y L.G. Schwoerer, eds., *The varieties of British political thought, 1500-1800*, Cambridge University Press, Cambridge, 1993, p. 119.

IV

Según los revisionistas, y muy en particular Conrad Russell, la situación de partida era la inadecuada dotación financiera de la corona, que, a diferencia de las principales monarquías continentales, seguía con un aparato recaudador de tipo medieval. Esto, combinado con la inflación de la época, llevaría a lo que él mismo ha llamado «inoperancia funcional» (*functional breakdown*) del estado Estuardo, al crecer sus necesidades hacendísticas pero no sus ingresos. Tales carencias no tuvieron mayor repercusión durante las guerras defensivas de Isabel I ni durante la relativa paz de casi todo el reinado de Jacobo VI y I, pero afloraron con crudeza cuando Inglaterra se involucró en la Guerra de los Treinta Años. Ante la falta de colaboración de los Comunes en votar subsidios adecuados, la corona se vió forzada a ignorar algunas salvaguardias legales de la propiedad y recortar la autonomía de las localidades durante la década de 1620, hasta que el abandono de los compromisos exteriores y la eficacia del *ship money* y otros ingresos extraparlamentarios hicieron que los años del gobierno personal fueran insólitamente pacíficos. Sólo la invasión escocesa de 1637 alteró esta situación, provocando la convocatoria del Parlamento.

Sobre la marcha intervinieron también los cambios que el nombramiento de Buckingham provocó en la práctica de prestar consejo al rey, las reacciones frente a la novedad del arminianismo y el escaso tacto mostrado por Carlos I, el cual no logró mantener una comunicación fluída con diversos sectores sociales.⁶⁶ Pero fueron sobre todo los conflictos anglo-escoceses, concretamente las Guerras de los Obispos, los que provocaron esa inoperancia. Ante esta emergencia, John Pym y otros miembros de los Comunes propusieron un acuerdo hacendístico con el rey, basado en impuestos votados por el Parlamento, que iría acompañado del nombramiento de algunos de ellos en el Consejo Real y de un giro religioso por la corona hacia un protestantismo más firme. Pero el acuerdo no fructificó. Carlos y los líderes parlamentarios, éstos últimos buscando al mismo tiempo apoyos entre los escoceses levantados contra

66. La cuestión de la comunicación fue mencionada por Stone, *Causes*, p. 121; y ha sido desarrollada por Kevin Sharpe, «Crown, Parliament and locality: government and communication in early Stuart England», *English Historical Review*, 101 (1986), pp. 321-350. Es un tema que sigue recibiendo atención, como se ve más abajo.

Londres, se enzarzaron en una destructiva «política de amenazas», en expresión de Russell, y no lograron o quisieron entenderse. A este fracaso también contribuyó el inesperado fallecimiento del conde de Bedford, un hábil negociador del bando parlamentario. «Fue este ciclo de amenazas -sentencia Russell—, más que una diferencia insalvable de opiniones, lo que provocó el hundimiento del gobierno en Westminster».⁶⁷

Inglaterra, siempre mal preparada en lo militar, no pudo inicialmente repeler las invasiones escocesas. A partir de entonces, las teorías conspirativas alimentadas por unos y otros, a causa sobre todo de disputas religiosas entrecruzadas tanto dentro de Inglaterra como en el conjunto británico, hicieron el resto hasta el estallido de la Guerra Civil inglesa. La religión, pues, aparece en la exposición revisionista como el factor que realmente desestabilizó el delicado sistema Estuardo de reinos múltiples, como se volverá a ver más tarde.

La exposición aquí resumida permite a los revisionistas explicar el conflicto y la ruptura sin tener que recurrir a las polaridades *whig*. Además, es una exposición que ya no se basa en la pura contingencia, como se les ha achacado, sino que descansa en una serie de problemas estructurales de fondo, sintetizados por Conrad Russell: las necesidades hacendísticas de la corona, que provocaron una fuerte presión sobre el principio de impuestos con consentimiento y sobre las relaciones entre capital y localidades; el éxito incompleto y desigual de la Reforma durante el siglo anterior en los distintos reinos de las Islas; la repercusión de esta variedad religiosa en los intereses dinásticos y diplomáticos de la corona en el concierto europeo; y la que resultó destructiva heterogeneidad política y sobre todo religiosa de los reinos múltiples de los Estuardo.⁶⁸

El énfasis en la religión, como ya se ha dicho, es característico del revisionismo, pero en modo alguno exclusivo de él. Al fin y al cabo Gardiner bien pudo titular su libro *The Puritan Revolution* (1876). Justamente por esto, es importante, y nada fácil, dilucidar qué significa la religión, y en particular, el puritanismo para las diversas posturas historiográficas. Tal como ha observado Morrill, lo que se debate no es la

67. Russell, *Fall*, p. 530.

68. Russell ha enumerado estos problemas de fondo en la conclusión de *Causes*, cap. 9; y en la introducción de *Unrevolutionary England*, pp. xviii-xxv. También Lake ha ayudado a sintetizarlos: «Retrospect», pp. 261, 265-267.

presencia del factor religioso, que todos aceptan, sino la naturaleza de su relación con otros factores.⁶⁹ *Capit. de la religión según Neale, Hill*

Para la agresiva visión *whig* de John Neale, el puritanismo era el componente ideológico que dotó a la minoría opositora en los Comunes de su fuerte sentido de militancia, haciendo de ella un grupo de vanguardia. Christopher Hill, por su parte, ha dedicado gran parte de su vasta producción al binomio puritanismo y revolución, incluida una de las biografías más conocidas de Cromwell, y ha señalado en especial el atractivo que el puritanismo tuvo para la *middling sort* y el componente religioso de los programas radicales de las sectas durante la *Commonwealth*. Stone reconoce también el indudable peso del puritanismo, entre otras razones, dice, porque «una auténtica revolución necesita ideas que la alimenten, pues sin ellas sólo hay una rebelión o un golpe de estado», y le atribuye el papel de ideología política del movimiento parlamentario, aunque con un tratamiento más matizado: observa que las relaciones entre economía y religión fueron muy sutiles, cuestiona que el puritanismo actuara como promotor decisivo del espíritu burgués, y se aparta de una visión demasiado militante de los puritanos.⁷⁰ *Tratamiento en sus*

El tratamiento ^{de Hill} que los revisionistas hacen de la religión es un tanto distinto. Su peso es puesto de relieve en dos ámbitos, el inglés y el británico. En cuanto al interior de Inglaterra, se la considera el factor que realmente provocó una polarización bajo Carlos I. Pero, como se ha visto, es el arminianismo, y no el puritanismo, el que ha sido considerado causante de la ruptura de la unidad religiosa inglesa, y más aún cuando, a su vez, provocó la febril reacción puritana. Así, la Guerra Civil aparece propicia-

69. Morrill, «Christopher Hill's revolution», en su *Nature*, p. 276.

70. Sobre Neale, Thompson ha señalado que presentó a la minoría puritana como una vanguardia bolchevique: «Clío se hace conservadora», p. 95. De Hill, véanse, entre otros, *Puritanism and revolution. Studies in interpretation of the English Revolution of the seventeenth century*, Mercury, Londres, 1958; *Society and puritanism in pre-revolutionary England*, Panther, Londres, 1969; *God's Englishman. Oliver Cromwell and the English Revolution*, Penguin, Harmondsworth, 1970; *The English Bible and the seventeenth-century Revolution*, Lane, Londres, 1993. De Stone, *Causes*, pp. 98-99 (que contiene la cita), y «Puritanismo», en su *El pasado y el presente*, cap. 7, donde también critica la inclinación a ver similitudes entre puritanos, jacobinos y bolcheviques. Véanse además las reflexiones sobre esta cuestión de J.C. Davis, «Puritanism and revolution: themes, categories, methods and conclusions», *Historical Journal*, 34 (1991), pp. 479-490, que incluyen una fina apreciación sobre Hill (presentado como revisionista, aunque entendiendo esta expresión fuera del marco estricto del debate actual de este mismo nombre) y sobre el grado de adecuación de sus análisis a su marco interpretativo, así como advertencias sobre los riesgos de un uso fácil de calificaciones conceptuales y etiquetas.

da por dos movimientos religiosos minoritarios (arminianos y puritanos), con el trasfondo de un anglicanismo amplio y de una religión popular todavía enraizada a causa del escaso éxito de la Reforma en el siglo anterior. Fletcher y Morrill han hecho del puritanismo y de las crecientes sospechas que su celo fomentaba, la causa principal del conflicto. En concreto, Morrill busca las razones que impulsaron a unas gentes, normalmente conservadoras pero ahora descontentas con Carlos I, a dar el difícil salto desde el disgusto o la desobediencia pasiva a empuñar las armas contra su rey natural y ungido, y las encuentra en el puritanismo. De él destaca su lado más bien defensivo, a saber, los crecientes temores, ya en la década de 1620, ante la conjura papista internacional y la aguda sensación, en 1640-1642, de que Inglaterra corría serio peligro de perder el favor divino si no se ponía coto al régimen de Carlos y Laud. Era perentorio aplicarse a implantar el gobierno de los justos y piadosos (*the godly rule*) y la religión auténtica (*the true religion*). Fueron esos temores, a veces realmente agónicos, más que un puritanismo entendido como proyecto de futuro ligado a objetivos socioeconómicos, los que actuaron como detonante para promover la respuesta parlamentaria y, después, en 1649, para justificar el regicidio. Fue, con todo, una justificación reticente, una opción fruto de lo que Morrill llama «política del lamento».⁷¹

Por otro lado, y en cuanto al marco británico, Conrad Russel ha subrayado que, en una época dominada por el ideal de uniformismo confesional como base imprescindible para la estabilidad, las diferencias religiosas entre los reinos múltiples de las Islas provocaron tensiones insuperables. Durante la década de 1630 el intento inglés de extender el laudianismo a Escocia y desde 1637 el contrapuesto intento escocés de una unificación británica presbiteriana, a conseguir con apoyos en Westminster (la que ha sido llamada «visión imperial escocesa»), provocaron las Guerras de los Obispos, mientras que la parecida determinación de John Pym y su círculo, apoyados por los *Covenanters* escoceses, respecto de Irlanda, desató la rebelión católica de la isla. Al igual que en el continente, los antagonismos religiosos acabaron en levantamientos y choques militares.⁷²

71. Fletcher, *Outbreak*, pp. xix y ss., xxx, 405-406, 414-417; Morrill, «Naturaleza», p. 316, y *Nature*, pp. 34, 39, 43, 247. También Coward subraya el papel de la religión en estos términos: «Was there?», p. 29.

72. Russell, *Causes*, pp. 16, 31, cap. 5; *Fall*, p. 531. En otro pasaje (*Causes*, p. 85) observa que la correlación simple entre puritanismo y revolución descansa en supuestos equivocados.

Ante estos planteamientos, que combinan problemas de fondo con factores personales y el papel de la contingencia, el post-revisionismo ofrece algunas réplicas y aspectos adicionales en su explicación del estallido de la Guerra Civil. También señala el carácter conflictivo de la religión, pero con ciertas variantes. Reprocha a los revisionistas un tratamiento demasiado cerrado de la misma y, por consiguiente, subraya adecuadamente su fuerte imbricación con otros factores. Así, el auge del arminianismo no es entendido sólo como resultado de las convicciones interiores de Carlos I, sino también a la luz de las claras confluencias entre su carácter jerárquico y el autoritarismo Estuardo. Parecidamente, se ha mostrado que el apoyo obtenido por la causa parlamentaria en Bristol nació tanto de valores religiosos y cívicos como de la oposición de los mercaderes locales a los monopolios de que disfrutaban los *Merchant Venturers* por privilegio real, cuestión asociada, a su vez, a los ingresos extraparlamentarios de la corona durante el gobierno personal de Carlos y que, además, es otra muestra de que la vida local y la política central no constituían dos mundos aparte.⁷³

Pero, además de esta consideración más amplia del fenómeno religioso, los post-revisionistas argumentan insistentemente que también hubo conflicto y fractura en el terreno de las ideas políticas. No aceptan que la estabilidad social y política durante el gobierno personal de Carlos (que, como tal, es bien cierta, en súbito contraste con la tensión parlamentaria vivida en 1628) fuera resultado de la aquiescencia y el consenso. Al contrario, la atribuyen al creciente autoritarismo de Carlos, que fue creando un sistema político más cerrado, jerárquico y excluyente. Opinan que explicar los conflictos mediante una falta de comunicación entre rey y reino es infravalorar la cuestión. Y consideran que, tanto para la situación de 1624-1628 como para la de 1637-1640, los revisionistas hacen de la guerra (la continental y la escocesa, respectivamente) el *deus ex machina*, de modo que son siempre factores externos los que provocan cambios internos, al igual que incluso en 1688 podría decirse de la intervención holandesa.⁷⁴

73. Sobre la postura post-revisionista acerca de la religión, véanse los comentarios de Cust y Hughes, «After revisionism», pp. 21 y ss. Sobre Bristol, David Harris Sacks, «Bristol's 'wars of religion'», en R.C. Richardson, ed., *Town and countryside in the English Revolution*, Manchester University Press, Manchester, 1992, cap. 5.

74. Hirst, «Parliament, law and war in the 1620's», p. 458; Cust y Hughes, «After revisionism», pp. 8-9, 14, 17-21.

Lo que se dilucida, la presencia o ausencia de choques ideológicos, es una cuestión decisiva. Lo es porque, a diferencia de otros aspectos, es aquí, en su aparente insensibilidad hacia los debates sobre principios constitucionales, donde el revisionismo plantea más problemas.⁷⁵ Y también porque algunas réplicas post-revisionistas han dejado en este terreno un flanco al descubierto, cual es su retorno a una visión fuertemente inglesa de las cosas, tanto respecto del conjunto británico como del necesario tratamiento comparativo con el continente.⁷⁶

V

¿Consenso ideológico?

Como se ha visto, el argumento revisionista sobre el consenso ideológico (por el cual advierten que no hay que entender unanimidad) descansa sobre todo en que no se formularon teorías firmes de resistencia. Y si no es testimonio de consenso, al menos este silencio constitucionalista es juzgado como muy elocuente.⁷⁷ La interpretación de tales silencios ha despertado la previsible controversia: se ha rebatido que antes bien se debieron a una elemental prudencia en un clima político que censuraba y castigaba las actitudes abiertas de disidencia.⁷⁸ Pero, no sin razón, Morrill ha replicado que no deben exagerarse las capacidades censoras y controladoras de los estados modernos, y ha observado que es significativo que mientras sí hubo recusantes católicos que pagaron con la vida el haber aireado posturas críticas, no hay testimonio, en cambio, de que los puritanos hicieran lo mismo, ni siquiera en escritos privados. Con todo, ha admitido también que él y otros revisionistas pueden haber exagerado el grado de consenso. Por su parte, Russell reconoce que no debe extremarse el argumento del silencio sobre las teorías de resistencia durante la década de 1630, pues eran un tabú. Pero

75. Casey, «Revolución Inglesa», p. 241; Burgess, «Revisionism, politics and political ideas», *Historical Journal*, 34 (1991), p. 465. Esta insensibilidad ha sido caricaturizada por Derek Hirst con la expresión «Nada de ideologías, por favor, somos ingleses»: «The disunited kingdom», reseña sobre *Fall and Unrevolutionary England*, de Russell, en *Times Literary Supplement*, 7 junio 1991.

76. Cust y Hughes, «After revisionism», pp. 38-39.

77. Morrill, *Nature*, p. 247. Coward acepta esta falta de teorías de resistencia: «Was there?», p. 23.

78. Cust y Hughes, «After Revisionism», pp. 13, 27-28, 32; Stone, «Revolution over the Revolution», p. 48; Kenyon, «Revisionismo y postrevisionismo», p. 327, 329.

señala que apenas las hubo tampoco una vez iniciada la Guerra Civil, pese a las oportunidades que con ella se abrieron para propalar todo tipo de opiniones.⁷⁹

Este último extremo ha sido desmentido por John Sanderson, que identifica algún texto como expresa formulación del principio de resistencia durante la década de 1640.⁸⁰ Pero la discrepancia más clara ha sido entre Russell y Sommerville. Este último, retomando la substanciada crítica de Derek Hirst al revisionismo en 1981,⁸¹ arguye con fuerza la existencia de conflictos ideológicos, tanto en las formulaciones teóricas como en su directa relación con los conflictos políticos, en especial el gobernar sin el debido consenso del reino, la recaudación de impuestos extraparlamentarios y otras formas de gobierno tenidas por arbitrarias. Además, opina que estas controversias fueron causa de la Guerra Civil, y no sólo eso, sino causa a largo término, pues los temas debatidos en 1640 ya lo eran a inicios de siglo. Pero al mismo tiempo, y en tácito reconocimiento a algún que otro postulado de sus criticados revisionistas, Sommerville advierte que las facciones se entremezclaron con los principios, que no había un bando progresista y otro conservador, que ni unos ni otros querían alterar la constitución y que la guerra no fue inevitable. Lo que había eran profundas diferencias en precisar lo que era esa constitución.⁸²

Por tanto, este debate está permitiendo conocer que, si bien no había un consenso ideológico tan redondo como se ha pretendido, en cambio sí que había un marco común de ideas y valores, dentro del cual se desarrollaban las discusiones y los puntos de fricción. En saludable ejercicio contra los anacronismos, se están reconstruyendo los límites — siempre inciertos— entre lo que era pensable y pronunciable en la época y lo que no lo era. Y así, si invocar abiertamente el derecho de resistencia era, en mayor o menor medida, tabú, incluso para los partidarios de una monarquía limitada, más lo era afirmar que el rey podía violar las leyes

79. Morrill, «Hill's revolution», p. 280 (donde señala que Hill ha magnificado la eficacia censora sin haberla analizado); «Introduction», en Morrill, ed., *Reactions*, pp. 5-6; y *Nature*, pp. 38, 181-184. Russell, *Causes*, pp. 133, 150; *Unrevolutionary England*, p. xxix.

80. John Sanderson, «Conrad Russell's ideas», *History of Political Thought*, 14 (1993), pp. 85-102.

81. Hirst, «The place of principle» [citado, n. 15].

82. Sommerville, *Politics and ideology*, y en especial, pp. 5, 235-236. Véase también su reseña a Russell, *Fall*, en *Renaissance Quarterly*, 46 (1993), pp. 398-400, donde, frente a éste, observa concomitancias entre el argumento de autodefensa y la teoría de resistencia.

y gobernar arbitrariamente, incluso para los realistas. Tampoco solían hacer éstos referencia a la Conquista Normanda para fundamentar el principio de que el rey gobernaba por derecho de conquista, un derecho del que comúnmente se apartaban los realistas. En Inglaterra, como en el continente, el argumento utilizado por los partidarios de ampliar la prerrogativa regia era el de la «necesidad». El marco común de referencia seguía siendo el de una visión antropomórfica y corporativa del cuerpo político, en la cual coexistían las que Walter Ullman designó como visiones ascendente y descendente.⁸³

Dentro de este marco común no cabían argumentos radicalmente contradictorios, aunque sí diferencias en acentos y prioridades que pueden resultar muy elocuentes. Y así se ha puesto de relieve a propósito de las ideas sobre los Parlamentos: durante el Gobierno Personal de Carlos, Wentworth no tenía ninguna intención de suprimirlos, pero sí los quería dóciles, y a sus miembros, fiados en la providencia real, mientras que Pym los entendía pertrechados de firmes derechos a intervenir en los asuntos públicos. Semejantes diferencias, aderezadas con desconfianzas de un tipo u otro y con miedos a conjuras interiores o internacionales podían, sin duda, desencadenar un conflicto abierto.⁸⁴

La discusión historiográfica está entablada en este terreno. Se reconoce que el pensamiento político de la época no puede reducirse a dos líneas únicas y contrapuestas, absolutista y constitucionalista —otra polaridad simplista—, sino que junto a las diferencias había también criterios compartidos y había, sobre todo, diversidad de usos y discursos. Y es bajo

83. Sobre la reticencia a utilizar el argumento de conquista, véase J.G.A. Pocock, *The ancient constitution and the feudal law. English historical thought in the seventeenth century*, Norton, Nueva York, 1967, pp. 54-55, 149-150, 162-165 (ed. or, 1957; hay nueva edición, sustancialmente ampliada, Cambridge University Press, Cambridge, 1987). Johann P. Sommerville señala la invocación por los absolutistas ingleses, al igual que los continentales, del principio del respeto de la ley y del argumento de la necesidad, observación que le lleva a insistir que los pensadores absolutistas ingleses lo eran tanto como los continentales, y en modo alguno menos que ellos, como ciertas opiniones pretenden: «English and European political ideas in the early seventeenth Century: Revisionism and the case of absolutism», *Journal of British Studies*, 35 (1996), pp. 168-194. Por su parte, Sanderson, «Russell's ideas», utiliza el esquema ascendente-descendente para identificar las diferencias entre distintas teorías.

84. Anthony Milton, «Thomas Wentworth and the political thought of the Personal Rule», en Merritt, ed., *The political world of Thomas Wentworth*, cap 6, pp. 142-149 (donde utiliza reveladora correspondencia privada del ministro). En cuanto a los miedos, también los postrevisionistas han subrayado su papel en diversas coyunturas: Cust y Hughes, «After revisionism», pp. 21, 40; Coward, «Was there?», p. 29.

este enfoque como se ha renovado el estudio de uno de los temas clásicos, el *common law* y la que J.G.A. Pocock llamó en 1957 la «mentalidad del *common law*». Esta mentalidad, ligada por lo menos desde inicios del siglo XVII a la creencia en los orígenes inmemoriales de la antigua constitución, llevaba a los legistas que estudiaban las medidas gubernamentales, sobre todo las relativas a impuestos y derechos de propiedad, a levantar barreras frente al aumento de la prerrogativa real, con lo que ha sido considerada largamente como característica de las posturas parlamentarias.⁸⁵ Recientemente Glenn Burgess ha mirado estas materias desde un ángulo revisionista y encontrado que el lenguaje del derecho común no era privativo del Parlamento, sino que era de uso más general, junto a otros lenguajes, como el del derecho civil y el de la teología. Y opina que tampoco alentó claras teorías de resistencia. En tal situación, dominaba el consenso ideológico, aunque no de modo tal duradero como quieren otros autores, pues, a su juicio, la política de Carlos I sembró una paulatina confusión, hasta que alrededor de 1640 se llegó a una crisis de confianza en las capacidades del *common law* para proteger la libertad y la propiedad y para evitar conflictos drásticos.⁸⁶

Esta visión, no exenta de críticas, tiene la virtud de mostrar que los discursos y vocabularios usados no eran forzosamente excluyentes. Las diferencias ideológicas, o, mejor dicho, la expresión de las mismas, estaban más difuminadas de lo que se creía. Para avanzar en esta mejor apreciación de la naturaleza del debate político coetáneo, también se ha hecho necesario estudiar las manifestaciones intelectuales del realismo. Al igual que sucede con otras revoluciones modernas, como la holandesa o la catalana, los estudios sobre los teóricos realistas han sido incomparablemente más escasos que los vertidos sobre los parlamentarios. Había algo más que Filmer. Había lo que se ha llamado «constitucionalismo realista». Este concepto incorpora a los amplios grupos de realistas que creían en el imperio de la ley y que argumentaban que defendiendo al rey defendían la antigua constitución, de la que el rey, sin duda, formaba

85. Pocock, *The ancient constitution*, caps. 2 y 3.

86. Glenn Burgess, *The politics of the Ancient Constitution. An introduction to English political thought, 1603-1642*, Macmillan, Londres, 1992. Milton ha criticado esta exposición, en especial porque se basa sólo en textos impresos y no concede valor a opiniones expresadas en documentación privada: «Wentworth and the political thought», pp. 150 y ss.

parte. Incluye asimismo a personas como Edward Hyde, futuro conde de Clarendón y futuro crítico del *Leviathan* de Hobbes, y otros eruditos del círculo Tew, que asimilaron en clave realista —sin necesidad de violentarlas mucho— una serie de alegaciones en *common law* de John Selden, de tinte parlamentario. E incorpora además a otro grupo más significativo: a aquéllos que abandonaron la causa parlamentaria y apoyaron al rey, por ver en él un mejor garante de ese imperio de la ley.⁸⁷

Y es que, tal como ha observado Morrill, a partir de 1643 casi todas las cláusulas de la Petición de Derechos de 1628 fueron conculcadas por sucesivas disposiciones del Parlamento, amparadas en argumentos de «necesidad» y en la aplicación de la ley marcial, hasta el punto que buena parte del sistema gubernativo parlamentario quedó al margen de la tradición del *common law*. Es lo que él ha llamado «tiranía parlamentaria».⁸⁸ Tal tiranía fue resultado de la creciente radicalización, se manifestó también en el fuerte incremento impositivo aplicado por el bando parlamentario en las zonas que dominaba, y luego tendría una continuidad en el notable crecimiento del aparato estatal logrado durante el Protectorado.

Otro aspecto que ayuda a entender aquel debate político es el carácter retórico de muchas de sus formulaciones. Es decir, se trataba de persuadir y, por ello, se recurrió al uso e incluso manipulación de los términos y argumentos de los adversarios. Esto explica que, dominando como dominaban las retóricas del consejo, el orden y la paz, resultase tan difícil enarbolar teorías expresas de resistencia y que, en su lugar, los que se oponían al rey se presentaran como sus leales consejeros y vistieran esas teorías como autodefensa. Incluso John Lillburne, el líder *leveller*, objetó al regicidio, mientras que un autor menor, William Ball, afirmó que era lícito resistir al Parlamento Largo. Pero también intervinieron los ideales puritanos, con su retórica correspondiente y su llamamiento a un intenso activismo reformador. Tales ideales no llegaron a materializarse por

87. Varios autores han señalado estos diversos aspectos: Pocock, *The ancient constitution*, pp. 148 y ss.; Morrill, «Introduction», en Morrill, ed., *Reactions*, pp. 7; Richard Tuck, «'The ancient law of freedom': John Selden and the Civil War», *ibidem*, pp. 158-160; Coward, «Was there?», pp. 24, 29; Sanderson, «Russell's ideas», pp. 97-98. El tratamiento más amplio es ahora el de D.L. Smith, *Constitutional royalism and the search for settlement, c. 1640-1649*, Cambridge University Press, Cambridge, 1994.

88. Morrill, *Revolt of the provinces*, pp. 52-53, 64-66; «Naturaleza», pp. 308, 316; *Nature*, pp. 247, 256.

completo, pero, en cambio, dieron vida al radicalismo, en especial cuáqueros y *ranters*, que despertaron miedos intensos en grupos sociales acomodados.⁸⁹

Reaparece la religión como máximo factor desestabilizador y, con ella, de nuevo, los omnipresentes miedos y prevenciones ante conjuras interiores e internacionales. Coward y Morrill lo han sintetizado adecuadamente al decir que la guerra civil y la revolución fueron operaciones políticas defensivas, una defensa de las libertades existentes frente a un rey juzgado arbitrario, llevada a cabo por hombres conservadores en aspectos sociales y políticos, pero radicales en asuntos religiosos, de modo que fueron también una operación religiosa agresiva, un desafío al conjunto de la estructura y la práctica existentes. Oliver Cromwell se encontraba en el centro mismo de este cruce de motivaciones.⁹⁰

Esta manera de entender las actitudes políticas de los que desafiaron y vencieron a la corona, es decir, defensores de las maneras conocidas de gobernar más que abogados de la innovación, ha ido ganando terreno desde que J.H. Elliott llamara la atención al respecto en 1969. En un artículo decisivo, Elliott señaló que esperar que los movimientos radicales de mediados del siglo XVII tuvieran una ideología innovadora era impropio y fruto de una visión retrospectiva del pasado, marcada por los hechos de 1789. Poco después, Conrad Russell y el propio Elliott, ambos en el volumen compilado por el primero, *The origins of the English Civil War*, antes citado, argumentaron de nuevo que en aquellas décadas, y a diferencia de lo que sucedería en movimientos revolucionarios futuros, eran los gobiernos los que, ante las formidables necesidades hacendísticas provocadas por la Guerra de los Treinta Años, recurrían a nuevos e imperiosos expedientes administrativos y fiscales, los cuales provocaron

89. Glenn Burgess, «The impact on political thought: Rhetorics for troubled times», en Morrill, ed., *The impact of the English Civil War*, cap. 4, con las referencias a Lillburne y Ball en pp. 77-78. Morrill, «Naturaleza», p. 314. Los *ranters* han sido objeto de debate, al margen del generado sobre el revisionismo. J.C. Davis arguye que su existencia fue inventada, producto de esos miedos (*Fear, myth and history. The Ranters and the historians*, Cambridge University Press, Cambridge, 1986) y le contradicen Christopher Hill («Abolishing the Ranters», en su *A nation of change and novelty*, Routledge, Londres, 1990, cap. 9) y G.E. Aylmer («Did the Ranters exist?, *Past and Present*, 117 (noviembre 1987), pp. 208-219), que señalan que también existieron en la realidad.

90. Coward, «Was there?», pp. 19-22, 25-26, 30-31; Morrill, «Naturaleza», p. 305, 320-321.

una reacción conservadora por parte de Parlamentos e incluso de Consejos y otros organismos colegiados.⁹¹

Esta apreciación ha significado un cambio de gran importancia para el entendimiento de la historia política europea moderna en su conjunto. Y ha influido en amplios sectores historiográficos, y no sólo en el revisionismo sobre la Revolución Inglesa.⁹² Pero esto no implica, naturalmente, endosar la labor de los gobiernos ni, en particular, la de Carlos I.

La figura de este monarca, así como la de Thomas Wentworth, sigue siendo central. Lo es incluso más que antes, pues al haber los revisionistas restado importancia a los factores sociales de tipo estructural y colectivo, el peso de las personalidades de primera fila en la conducción de los asuntos políticos se ha visto resaltado. Y si bien a Carlos ya no se le suele tratar lisa y llanamente como a un tirano, al estilo de la vieja tradición *whig*, sus características políticas y personales siguen despertando opiniones mayoritariamente poco favorables, en las que concurren autores de posiciones distintas en el debate. Así, Stone con Morrill y Reeve, entre tantos otros, juzgan severamente a Carlos por su carácter estirado, su sentido puntilloso de la lealtad, su repetida falta de sentido político y su capacidad para perder apoyos.⁹³ En particular, se ha señalado su escasa o nula inclinación a ser aconsejado, en especial en asuntos escoceses, con consecuencias negativas. Y se le ha hecho responsable de la mala dirección de las fuerzas inglesas en las Guerras de los Obispos contra Escocia, pues las manifiestas limitaciones del aparato militar inglés (es decir, la tesis russelliana de la «inoperancia funcional») no impidieron levantar dos

91. J.H. Elliott, «Revolution and continuity in early modern Europe», *Past and Present*, 42 (1969), pp. 35-56 (traducido en su *España y su mundo, 1500-1700*, Alianza, Madrid, 1990, cap. 5); Conrad Russell, «Introduction» y J.H. Elliott, «England and Europe: a common malady?», ambos en Russell, ed., *Origins*. Siguen este planteamiento Coward, «Was there?», pp. 19-22, 25-26, 30; y Morrill, «Naturaleza», p. 304. Russell comenta en otro lugar que cuando hay necesidad de cambios, este conservadurismo es una causa de inestabilidad: *Unrevolutionary England*, p. xvii.

92. Véase, por ejemplo, la aplicación de esta óptica, así como el de los factores religiosos en un mundo marcado por el confesionalismo, en la nueva introducción de Geoffrey Parker y Lesley M. Smith a la nueva edición, ampliada, de su *The General Crisis of the seventeenth century*, Routledge, Londres-Nueva York, 1997, pp. 15-18.

93. Stone, *Causes*, pp. 121 y ss.; Morrill; «Introduction» en Morrill, ed., *Reactions*, p. 4; del mismo, «Naturaleza», pp. 296; Reeve, *Charles I and the road*, cap. 6; Cust y Hughes, «After revisionism», p. 38; Kenyon, «Revisionismo», p. 339-340.

ejércitos en 1639 y 1640, que, poco preparados y peor dirigidos, fueron vencidos.⁹⁴

En cambio, Kevin Sharpe, en una de las cimas del revisionismo reciente, tanto por su postura como por lo minucioso de su estudio, ha rehabilitado los años del gobierno personal de Carlos I. De ellos subraya los aciertos y logros reformistas en materias de gobierno y hacienda, en especial hasta 1637, de manera que Carlos aparece como un promotor de los cambios económicos protocapitalistas, los cuales, pues, no tuvieron que esperar al impulso que les imprimiría el Protectorado. El conflicto político que acabó con él lo ve originado en la fatal alianza entre una pequeña minoría subversiva de puritanos ingleses y los escoceses. Y arguye que calificar a Carlos de impolítico es aplicarle unos criterios que responden más a nuestra óptica, estrechamente política, que a la coetánea, pues en aquélla se estimaban igualmente otras habilidades cortesanas en las que, sin duda, sobresalió.⁹⁵

Ser un consumado cortesano, sin embargo, no le ayudó a ser también un gobernante hábil. A este respecto, Russell traza una semblanza equilibrada de Carlos, en la que si bien dominan las consecuencias políticas negativas de sus rasgos psicológicos, también incluye una atinada observación a propósito de su éxito, más bien sorprendente, a la hora de poner en pie un ejército realista en 1642: Carlos era un incompetente, pero no tanto como para dejar al reino sin guerra civil.⁹⁶

Cuando, pasada la Guerra Civil y el Protectorado, la Restauración puso de nuevo en pie las estructuras de la Iglesia de Inglaterra, la religión no dejó de afectar a la vida pública. Si años atrás solía considerarse que las décadas finales del siglo XVII contemplaron, en un ambiente cada vez más secularizado, la aparición de partidos políticos, dotados de ideologías ya propiamente políticas, ahora —en línea con la tendencia general a rescatar el sentido religioso de muchas manifestaciones políticas europeas coetáneas— se tiende a posponer esos cambios y a subrayar que la

94. Peter Donald, *An uncounselled king. Charles I and the Scottish troubles, 1637-1641*, Cambridge University Press, Cambridge, 1990; Mark Charles Fissel, *The Bishops' Wars: Charles I's campaigns against Scotland, 1638-1640*, Cambridge University Press, Cambridge, 1994.

95. Kevin Sharpe, *The Personal Rule of Charles I*, Yale University Press, New Haven-Londres, 1992. Reeve también señala el fomento económico: *Charles I and the road*, p. 295.

96. Russell, *Causes*, cap. 8; Morrill, *Revolt*, pp. 14, 30-31; la observación final, recogida por Morrill, *Nature*, p. 257.

situación bajo los últimos Estuardo siguió fuertemente influenciada por conflictos confesionales y temores a maniobras papistas.⁹⁷

No obstante, fueron igualmente significativos la difusión de actitudes latitudinarias y de los primeros rasgos de tolerancia religiosa. Es decir, si bien la Restauración comportó que las estructuras sociales, políticas y eclesiales volvieran a su estado anterior, la Guerra Civil y de la Revolución no dejaron de tener legado, que fue doble. En el terreno de las actitudes políticas y religiosas, fueron un semillero de ideas y razonamientos para futuros movimientos de opinión.⁹⁸ Y en el terreno de organización estatal, si bien el Protectorado no alcanzó sus ambiciosas metas reformadoras en Escocia, Irlanda ni Inglaterra, sí dejó, tras sendas acciones militares, las bases para una mayor cohesión estatal británica, según las plasmaba el Instrumento de Gobierno de 1653.⁹⁹

VI

Evaluar el legado de la Revolución es evaluar su significado, como también lo ha sido evaluar sus causas. Y aquí también se aprecian bien los rasgos del actual estadio post-revisionista del debate, al tiempo que la Restauración está siendo objeto de renovadas discusiones.

En acertada observación de Peter Lake, una consecuencia quizá no buscada de los revisionistas ha sido la de posponer el momento en que Inglaterra experimentó un auténtico cambio histórico cualitativo, es decir la de retrasar y acortar la singularidad política y cultural inglesa. Tanto los que han subrayado el carácter superficial de la Reforma en el siglo XVI como los que han rebajado el alcance revolucionario de los hechos de 1640 a 1660, y los que quieren ver un Antiguo Régimen inglés hasta la década de 1830, todos ellos dejan para más tarde el momento de auténtico

97. Miguel Ángel Martínez, «Inglaterra: de la Restauración a la Gloriosa», *Pedralbes*, 14 (1994), pp. 161-162, con las referencias que allí se dan. Véase, además, Tony Claydon, *William III and the Godly Revolution*, Cambridge University Press, Cambridge, 1996.

98. Aquí se produce una notable convergencia de opiniones: Stone, *Causes*, pp. 146-147; del mismo, «Results», p. 61; Christopher Hill, *Some intellectual consequences of the English Revolution*, University of Wisconsin Press, Madison, 1980; Morrill, «Naturaleza», pp. 320-322; Coward, «Was there?», p. 34.

99. David Stevenson, «Cromwell, Scotland and Ireland», en John Morrill, ed., *Oliver Cromwell and the English Revolution*, Longman, Londres-Nueva York, 1990, cap. 6; Morrill, «The British problem», pp. 32-33.

cambio. En lo que concierne al debate sobre el siglo XVII, y en la medida en que los replanteamientos de los revisionistas se hayan asentado, esto les obliga —dice Lake— a afrontar abiertamente el éxito de sus críticas y a edificar un nuevo marco general.¹⁰⁰

En función de las causas a largo término expuestas por Conrad Russell, el propio Lake traza un nuevo marco cronológico y conceptual. En lugar de los tradicionales hitos Reforma, Revolución Inglesa y Revolución Industrial, se dibuja una amplia etapa que abarca desde mediados del siglo XVI, justo después de la Reforma, hasta las décadas posteriores a 1688. En esta última fase se resolvieron varias de las cuestiones estructurales que caracterizan a tal etapa. En primer lugar, se desarrolló la contienda política entre adversarios, identificados por rasgos ya ideológicos, y con ella unas elecciones parlamentarias más disputadas, y no aquella «selección» anterior. En segundo lugar, el Acta de Tolerancia de 1689 fue la primera medida amplia orientada a encauzar el pluralismo religioso, aunque todavía sin resolverlo del todo, ni en el interior de Inglaterra ni, menos aún, en Irlanda. Y en tercer lugar, y sobre todo, la «inoperancia funcional» del estado se resolvió gracias a los importantes cambios en la maquinaria recaudadora iniciados en 1688, unos cambios que ahora son más subrayados que el significado liberal otrora atribuido a esta fecha, y que, junto a otros factores, dotaron al estado británico de una estructura hacendística que permitió impulsar la agresiva expansión naval e imperial del siglo XVIII.¹⁰¹

La consecuencia más visible de semejante marco es que la fecha de 1660 pierde el sentido de divisoria que habitualmente ha tenido. Esta divisoria, favorecida por el hecho de que apenas ha habido especialistas tanto en la Revolución como en la Restauración, ha provocado distorsiones a la hora de ponderar cambios y continuidades. Más aún, tal como argumenta Derek Hirst, no hay que satisfacerse con las disposiciones de inicios del reinado de Carlos II que abolieron la obra política y constitucional de la *Commonwealth* y el Protectorado y pensar que

continua
de po
Alca

1660: pivote al cambio de

divisoria
divisoria
no

100. Lake, «Retrospective», pp. 266-268, 282-283.

101. Lake, «Retrospective», pp. 268-269. Fundamentan este último punto los libros de John Brewer, *The sinews of power. War, money and the English state, 1688-1783*, Unwin Hyman, Londres, 1989 (2ª ed., 1994); y Lawrence Stone, ed., *An imperial state at war. Britain from 1689 to 1815*, Routledge, Londres, 1994.

aquellos años no tuvieron consecuencias en la vida política a medio plazo.¹⁰²

La vida política de esta etapa ya no se entiende reducida a una simple polaridad gobierno-oposición. En su lugar aparece, por un lado, un mundo político en Londres poblado por varios centros de poder, incluida la presencia de agentes de potencias extranjeras. Y, por otro, ese mundo político londinense no estaba encerrado en sí mismo ni se reducía a la alta política, sino que sus diversos actores eran conscientes de que tenían una incipiente audiencia en los condados, en función de la cual modulaban a veces su mensaje o su imagen política. Se plantea la cuestión de la comunicación entre centro y localidades, una comunicación que fluía en ambos sentidos y que se lograba, o quería lograrse, mediante el uso de determinadas formas discursivas y mediante la circulación de información, noticias, periódicos, rumores. Esto significa acercarse al difícil tema de la política popular, tanto en Londres como en las localidades.

Las especiales circunstancias de 1640 hacen de ese año un momento de gran interés para estas cuestiones. No en vano las serias inquietudes vividas durante la celebración del Parlamento Corto y durante las primeras semanas del Largo provocaron que las ansias de tener noticias se extendieran por gran parte de la sociedad inglesa y que las relaciones epistolares se multiplicaran, con el resultado de que se incrementó la concienciación política nacional.¹⁰³ Pero ahora se busca conocer esa política popular también en otros momentos, antes y después de esa fecha. En este terreno, buenos estudios de Hill, Underdown y Cust, aparecidos hace ya unos años, resultan altamente orientadores para rastrear la formación bajo los primeros Estuardo de un espacio público de discusión más amplio que el del mundo oficial de las instituciones. A la luz de estas y otras investigaciones más recientes, ya no puede sustentarse la inicial tesis revisionista de un marcado hiato entre la política londinense y la política local. Y, al tiempo, reaparece el interés por la *middling sort* y otros grupos inferiores a la *gentry*. Un tanto orillados durante el paréntesis

102. Casey ya señaló el carácter de barrera adquirido por 1660: «Revolución inglesa», p. 238, ahora repetido por Lake, «Restrospective», p. 269, y ampliado por Derek Hirst, «Locating the 1650's in England's seventeenth century», *History*, 81 (1996), pp. 360-361, 382-383.

103. Fletcher, *Outbreak*, pp. xxv-xxix; del mismo, «National and local awareness in the county communities», en Tomlinson, ed., *Before the English Civil War*, cap. 7.

revisionista, ahora vuelven a ser objeto de atención, como lo muestra el deseo de conocer el tipo de información de que disponían, su percepción de la política nacional, el modo de construir, expresar y aplicar su visión política.¹⁰⁴

Con todo, es durante la Restauración cuando, impulsada por una creciente clase media, resulta más tangible esta nueva opinión pública. Era el corolario de la ampliación de la «nación política», es decir, de los diversos grupos que, de un modo u otro, intervenían en los procesos políticos. Y aquí se percibe bien el difuso legado del Protectorado: la derogación de su sistema político no hizo desaparecer la concienciación política que, de buen grado o mal grado, había experimentado buena parte de la sociedad inglesa. Y así, bajo una continuidad superficial en los temas dominantes de discusión, a saber, papismo y tiranía, durante la Restauración aparecen tonos distintos conforme se perfilaban mejor unas alternativas políticas crecientemente identificadas en un nuevo vocabulario político. Desaparecía la hegemonía social y cultural de los valores tradicionales compartidos y aparecían las ideologías políticas.¹⁰⁵ Este espacio público más amplio que se iba desplegando constituye el trasfondo de las dos cuestiones actualmente más candentes. La primera es el alcance, modalidades y difusión de la disputa política e ideológica. Poco convencido por un extendido parecer, Peter Lake ha argüido que los revisionistas no han expulsado la ideología política de su exposición sobre la vida política bajo los Estuardo, sino que han planteado de un modo radicalmente nuevo el contexto ideológico y cultural de la época.¹⁰⁶ Es una opinión a considerar, pues, al haber apartado el esquema binario también de este terreno, se ha hecho necesario atender a la variedad y

104. Christopher Hill, «Parliament and people in seventeenth-century England», *Past and Present*, 92 (agosto 1981), p. 100-124; del mismo, «Political discourse in early seventeenth-century England», en su *A nation of change and novelty*, cap. 3; Underdown, *Revel, riot, rebellion*; Cust, «News and politics» [citado n. 29]. Véanse asimismo los comentarios de Lake, «Retrospective», pp. 270 y ss.; y los trabajos de Dagmar Friest, *Governed by opinion: Politics, religion and dynamics of communication in Stuart London, 1637-45*, Taurus Academic, Londres, 1996; y Adam Fox, «Rumour, news and popular political opinion in Elizabethan and early Stuart England», *Historical Journal*, 40 (1997), pp. 597-620.

105. Hirst, «Locating the 1650's», pp. 361 y ss.; John Miller, «Public opinion in Charles II's England», *History*, 80 (1995), pp. 359-381. Estas cuestiones enlazan con la aparición de lenguajes políticos revolucionarios. Elugero Pii, *I linguaggi politici delle rivoluzioni in Europa, XVII-XIX secoli*, ed. Olshki, Florencia, 1992.

106. Lake, «Retrospective», p. 261.

confluencias de contenidos y vocabularios, los unos indisolubles de los otros. Y para ello se ha ampliado en gran medida el abanico de fuentes a consultar, que ahora incluyen especialmente las literarias.

Es justamente la apreciación que se haga de estos claroscuros y la conclusión que de ellos se obtenga lo que marca las diferencias entre los autores. Así, el compromiso ampliamente sentido en diversos sectores políticos y sociales hacia los principios de unidad, orden y armonía, ¿limitaba severamente la formulación de alternativas realmente ideológicas, dado que todo se reducía a un aprovechamiento de la polisemia de las palabras y a una variación en los lenguajes, como quiere Kevin Sharpe, el autor revisionista que más se ha distinguido en el estudio de fuentes literarias y artísticas? Las discrepancias entre Strafford y Pym, ambos firmes creyentes en esos principios, ¿fueron políticas y religiosas, y no de tipo constitucional, como arguye Conrad Russell? O, por el contrario, ¿tuvieron estas diferencias un hondo sentido constitucional, como recalca una renacida tendencia *whig*, mayoritariamente norteamericana, capitaneada por el veterano J.H. Hexter y representada, entre otros, por Derek Hirst? Y, en tal caso, ¿fueron realmente la base de las disputas políticas, según polemizan Cogswell y Burgess?¹⁰⁷

Estas discusiones se refieren ahora a un espacio más amplio que el inglés. La dimensión británica o bien el llamado «problema británico» constituyen la segunda gran cuestión de este balance final, ligada, a su vez, a una mayor visión comparativa con el continente y con las colonias inglesas. Esa dimensión británica está adquiriendo un sesgo más amplio, y más difícil. De la obra de Conrad Russell se ha observado que su insistencia en la interacción de los sucesos ingleses con los escoceses e irlandeses ha permitido enriquecer, sin duda, la historia inglesa con una

107. Kevin Sharpe, «A commonwealth of meanings: languages, analogues, ideas and politics», en su *Politics and ideas in early Stuart England* [citado, n. 19], cap. I, ensayo que inspira buena parte de la introducción del propio Sharpe y de Peter Lake al libro compilado por ambos, *Culture and politics in Early Stuart England*, Macmillan, Londres, 1994; Russell, *Unrevolutionary England*, pp. xvii-xviii; J.H. Hexter, director del proyecto «The making of modern freedom», publicado por Stanford University Press, del cual han aparecido un volumen compilado por él mismo, *Parliament and liberty from the reign of Elizabeth to the Civil War* (1992) y otro por J.R. Jones, *Liberty secured? Britain before and after 1688* (1992) [este proyecto ha permitido afirmar que hoy en día es más fácil ser *whig* en los Estados Unidos que en Inglaterra]; Cogswell, «Coping with revisionism», p. 549, afirma que sí influyeron; Burgess, «Revisionism, politics and political ideas», pp. 468, 473, recomienda estudiarlo despacio.

perspectiva británica, pero que, en sí misma, no constituye una visión propiamente británica. Y, en efecto, en su exposición los acontecimientos escoceses e irlandeses entran en juego sólo cuando afectan a los sucesos ingleses, con lo que el hilo conductor sigue siendo básicamente inglés.¹⁰⁸ En cambio, el hecho de que Carlos I intentara implantar un plan piloto del *ship money* primero en Escocia, o bien el que el relativo éxito del Parlamento irlandés de 1634 pudiera inspirar a Strafford la estrategia a seguir para el Parlamento Corto inglés, son buenas razones para emprender el estudio sincrónico de los sucesos en el conjunto de los tres reinos.¹⁰⁹ Varios libros y debates actuales están expresamente encaminados hacia este objetivo de levantar una visión auténticamente británica del siglo XVII y posteriores.¹¹⁰

En suma, al cabo de estos lustros, las sucesivas aportaciones de revisionistas y post-revisionistas, completadas con aclaraciones y enriquecidas con influencias de otros campos historiográficos, como la crítica literaria, han hecho que los elementos del debate, aunque aún reconocibles, se encuentren hoy sensiblemente evolucionados. Lo que hoy emerge con fuerza del debate es una manera nueva de concebir y practicar la historia política, en la que política y cultura son entendidos de manera más amplia y a la vez más interrelacionada. Son aportaciones y discusiones que también han de brindar estímulos para el estudio de la política en otras latitudes.

En 1987, en pleno ascenso revisionista, Lawrence Stone advertía que la batalla historiográfica de Naseby todavía no se había librado. Unos años después, en 1993, John Morrill hacía un símil entre la búsqueda de las causas de la Revolución Inglesa y la búsqueda del Santo Grial. Y hace

108. Así lo señala Morrill, «The causes of Britain's Civil Wars», p. 261.

109. Russell, *Unrevolutionary England*, p. xxv; Milton, «Wentworth and the political thought», pp. 145-147, respectivamente.

110. Además de Brandshaw y Morrill, eds., *The British problem*, son significativos los siguientes libros: Nicholas Canny, *Kingdom and colony: Ireland in the Atlantic World, 1560-1800*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1988; Keith M. Brown, *Kingdom or province? Scotland and the Regal Union, 1603-1715*, Macmillan, Londres, 1992; Ronald Asch, ed., *Three nations - A common history? England, Scotland, Ireland and British history, c. 1600-1920*, Bochum, 1993; Jane H. Ohlmeyer, ed., *Ireland from independence to occupation, 1641-1660*, Cambridge University Press, Cambridge, 1995; y Alexander Grant y Keith J. Stringer, eds., *Uniting the Kingdom? The making of British history*, Routledge, Londres-Nueva York, 1995, cuyos capítulos sobre la Edad Moderna son de Marcus Merriman, Jenny Wormald, Canny, Russell y Morrill.

poco el propio Morrill ha señalado que el estudio del «problema británico» se encuentra en sus primeros pasos y que su objetivo es hallar una explicación a una historia que aún no ha concluído, mientras que Peter Lake, por su parte, ha manifestado hallar atractiva la singular indeterminación y multiplicidad de voces propias del presente momento post-revisionista.¹¹¹

A tenor de estos testimonios, todo parece indicar que esa batalla historiográfica de Naseby, en los términos como se concebía y se preparaba hace diez años, no va a tener lugar. En tal caso, éste es un no-hecho muy elocuente sobre estos veinticinco años de debate. Porque hay *también* que preguntarse: *A low road...?* Pero el debate continua.

111. Stone, «Century of revolution», p. 43; Morrill, «The causes of Britain's civil wars», p. 272; del mismo, «The British problem», p. 38; Lake, «Retrospective», p. 283.